

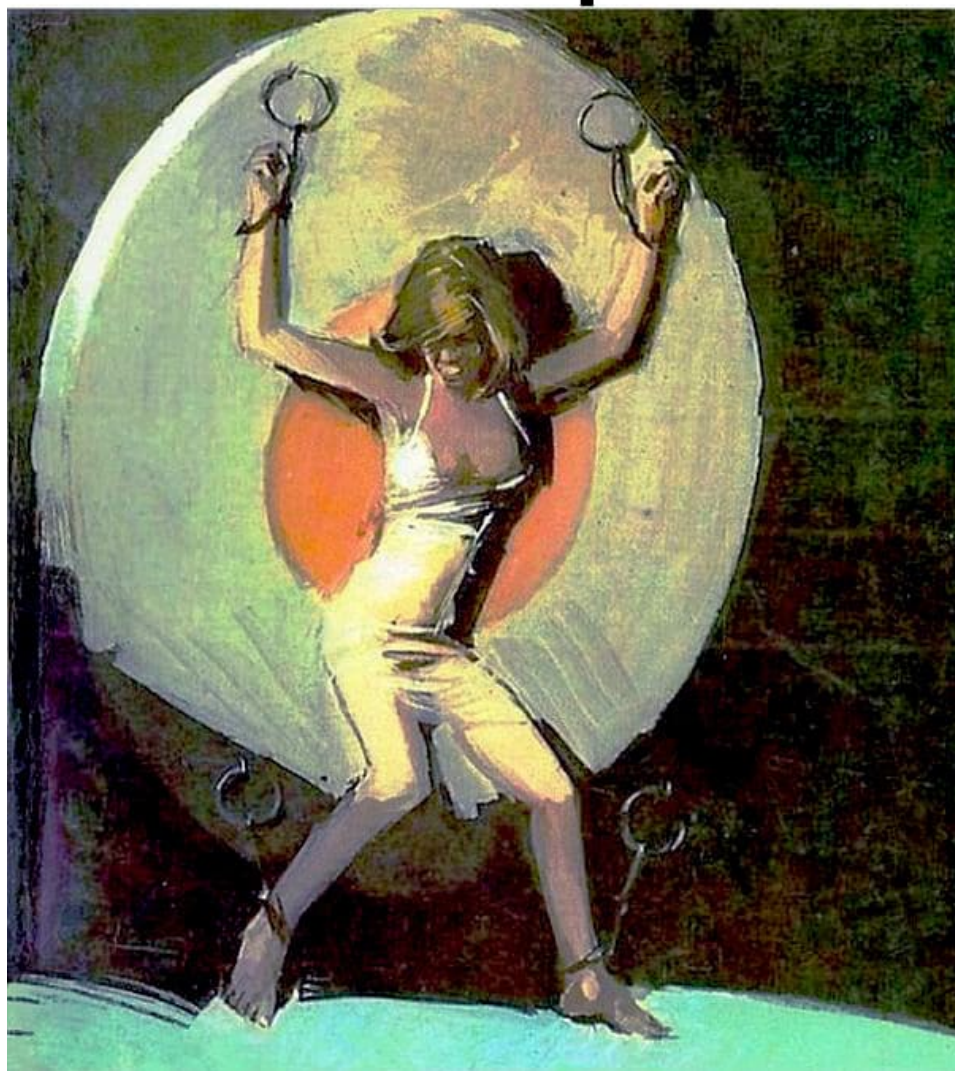
BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

LA DIANA DE LA MUERTE

Joseph Berna



Elsa Falk entró en el amplio y lujoso dormitorio, cuyo ventanal, enorme, daba al jardín de la magnífica casa.

La casa más preciosa que Elsa había visto jamás.

Y ella había visto bastantes...

Ello era debido a su particular forma de ganarse la vida.

En cuanto descubría a un tipo con aspecto de tener una muy saneada cuenta corriente en el Banco, se lanzaba a su conquista sin perder un segundo.

Y raramente fracasaba.



Joseph Berna

La diana de la muerte

Bolsilibros - Punto rojo - 850

ePub r1.0

Lds 11.02.18

Título original: *La diana de la muerte*

Joseph Berna, 1978

Cubierta: Desilo

Colección PUNTO ROJO n.º 850. Bruguera – 1978

Colección PUNTO ROJO n.º 56. Ediciones B – 1994

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



COLECCION

PUNTO ROJO



CAPÍTULO PRIMERO

Elsa Falk entró en el amplio y lujoso dormitorio, cuyo ventanal, enorme, daba al jardín de la magnífica casa.

La casa más preciosa que Elsa había visto jamás.

Y ella había visto bastantes...

Ello era debido a su particular forma de ganarse la vida.

En cuanto descubría a un tipo con aspecto de tener una muy saneada cuenta corriente en el Banco, se lanzaba a su conquista sin perder un segundo.

Y raramente fracasaba.

Elsa era una mujer impresionante de verdad.

Y eso que sólo tenía veintidós años.

Pero era difícil que mejorara.

Ya no se podían lograr unas formas más exuberantes y más llamativas.

De ahí que le resultara sumamente sencillo realizar sus conquistas.

Roger Aldrich era la más reciente de ellas.

Y en su casa estaba.

Dispuesta a complacerle en todo.

De hecho, ya le había complacido bastante.

Durante toda una noche y todo el día siguiente.

Aquella era la segunda noche que iba a pasar en la maravillosa casa de Roger Aldrich.

Y pasaría todas las que él quisiera.

Le pagaba uno de los grandes por cada veinticuatro horas que pasase en su casa.

Sí.

Nada menos que mil dólares por día.

Además, le había prometido hacerle un caro regalo.

Por todo ello, pues, poco importaba que Roger Aldrich tuviese ya cuarenta y ocho años, que fuese bajo de estatura, y que le sobrasen algunos kilos.

Bastantes kilos.

Por lo menos veinte, teniendo en cuenta su escasa talla.

Elsa Falk corrió las cortinas del ventanal y se bajó los tirantes de su vestido de noche, que tenía un escote impresionante.

El vestido resbaló suavemente hasta el suelo, donde quedó, sobre la mullida alfombra que cubría por completo el piso de la habitación, porque Elsa no se molestó en recogerlo.

Cubierta tan sólo con el exiguo pantaloncito de encaje negro —si todas las mujeres hiciesen como Elsa, las fábricas de sujetadores tendrían que cerrar o dedicarse a hacer bufandas—, se dirigió al fastuoso armario y abrió la puerta tras la cual se alineaban sus prendas más seductoras.

Eligió un camisoncito que era la locura.

«Tentación», se llamaba el modelo.

Confeccionado en gasa roja transparente.

Con muy poca gasa roja transparente, ésa es la verdad, pues era casi tan corto como un chaleco.

Elsa se lo puso y se pasó el lacito.

Una monada de lacito.

Se miró un instante en el espejo de cuerpo entero del armario.

Sonrió satisfecha, porque se lo vio casi todo.

Con aquella atrevidísimos indumentaria, Elsa se acercó al tocador y se sentó en la banqueta. Atrapó el cepillo y comenzó a pasárselo por la rubia cabellera, brillante y sedosa.

En ello estaba, cuando la puerta se abrió y Roger Aldrich penetró en el dormitorio, con cara de pocos amigos.

—¡Roger, cariño! —exclamó Elsa, como si hiciera un año que no lo veía, cuando en realidad sólo hacía diez minutos.

Dejó el cepillo sobre el tocador y se levantó de la banqueta, emprendiendo una carrerita hacia él.

La carrerita fue todo un espectáculo, porque con los saltitos, saltaban otras cosas.

Roger Aldrich desfrunció el ceño en el acto y sonrió ligeramente.

—Hola, gatita —dijo, abriendo sus cortos brazos.

Elsa se pegó a él como un sello, le ciñó el cuello con sus cálidos brazos, y le soltó un beso capaz de hacer entrar en calor a un difunto.

Como Roger Aldrich estaba vivo, estuvo a punto de arder.

No obstante, como quemarse con una hembra como Elsa, era realmente delicioso, Aldrich estrechó con fuerza el casi desnudo cuerpo de la ardiente rubia y colaboró en el fervoroso beso, que duró más que un acalorado debate en el Pentágono.

Cuando por fin separaron sus bocas, Elsa ronroneó:

—Has tardado mucho, Roger...

—Sólo unos minutos, gatita —repuso Aldrich, acariciando la espalda femenina por debajo del camisón.

—A mí me han parecido siglos —sonrió Elsa, sin despegarse un centímetro del rechoncho cuerpo de su última conquista.

Las manos de Aldrich se deslizaron hacia las caderas femeninas.

—Me halaga que digas eso, gatita, aunque sé que no es verdad.

—¡Claro que es verdad!

—Soy un tipo bajo, gordo y feo, mientras que tú...

—Oh, no digas tonterías, cariño... No eres ningún gigante, desde luego. Y también es cierto que tienes algún kilito de más. Pero de feo, nada. Tienes cara de hombre, y así me gustan a mí los hombres, con cara de hombre, no de figurín.

—¿Te gusta mí cara, entonces?

—¡Me encanta!

—Lástima que ya sea tarde para crecer... —suspiro Aldrich.

—Sí, eso ya no es posible. Lo de la gordura, en cambio, tiene solución.

—Ponerme a régimen o hacer mucho ejercicio, ya lo sé, pero olvídale. Soy un enamorado de la buena mesa y le tengo aprensión al gimnasio.

Los ojos de Elsa Falk brillaron maliciosamente.

—Yo estaba pensando en otra clase de ejercicios, querido —repuso, volviendo un instante los ojos hacia el moderno lecho, de forma circular.

Roger Aldrich arrugó el ceño.

—Eso me recuerda que tengo que darte una mala noticia, gatita.

—¿Mala noticia?

—Acaban de telefonearme de San Francisco.

—¿Y...?

—Tengo que salir ahora mismo hacia allí. Asunto de negocios.

—Oh, no —gimió Elsa, con la desilusión reflejada en el rostro.

—Lo siento tanto como tú, gatita.

—¿Y cuándo volverás, cariño...?

—Me temo que no podrá ser antes del mediodía de mañana.

—Oh...

—Me esperarás aquí, ¿verdad, gatita?

—Por supuesto. De esta casa no me voy hasta que me echés, Roger.

Aldrich sonrió.

—Así me gusta, gatita.

—Dame un beso muy fuerte antes de irte, cariño.

—Lo mismo iba a pedirte yo.

Se dieron otro maratónico beso.

Al propio tiempo, Roger Aldrich acarició ávidamente todo lo que sus manos encontraron, que fue bastante.

Tras el apasionado beso, Aldrich se despidió de su amiguita y abandonó el dormitorio.

Elsa Falk caminó lentamente hacia la cama y se sentó en ella.

¿Estaba realmente desilusionada?

No; en absoluto.

Roger Aldrich no era, ni mucho menos, la clase de hombre que una mujer joven y hermosa como ella echa de menos por las noches.

Si no fuera por los mil pavos diarios, a buena hora accedería ella a acostarse con él.

Y como iba a cobrarlos igual...

Sí, mejor pasar la noche sola, por aburrido que ello fuera, que pasarla con el gordinflón de Roger Aldrich.

Elsa Falk se dejó caer de espaldas sobre la blanda cama y extendió los brazos.

Permaneció así varios minutos, observando el techo, totalmente relajada.

De pronto, el silencio de la habitación se vio roto por un ligero carraspeo.

Elsa se irguió bruscamente.

Descubrió a Walter Cook junto a la puerta, observándola

fijamente, con un brillo socarrón en las pupilas.

Walter era el secretario de Roger Aldrich.

Treinta años.

1,90 de estatura.

Pelo rubio.

Rostro terriblemente atractivo.

Cuerpo atlético, repleto de fuertes y elásticos músculos.

Así, así le gustaban los hombres a Elsa, no gruesos, chaparros y con cara de caballo, como Roger Aldrich.

Por eso no se enfadó en absoluto con el apuesto secretario por haber entrado en el dormitorio, sin pedir permiso, y haberla sorprendido tan ligera de ropa.

Al contrario, se alegró.

Infinitamente, además.

—¿Quiere alguna cosa, Walter? —preguntó, sonriéndole.

—No —respondió él.

—¿A qué ha venido, entonces?

—El señor Aldrich se ha ido a San Francisco.

—Lo sé.

—Y no vendrá hasta mañana al mediodía.

—También lo sé.

—¿No cree que deberíamos aprovechar la circunstancia, señorita Falk?

—¿A qué se refiere, Walter? —preguntó Elsa, aun que lo sabía perfectamente.

Walter Cook, que vestía un impecable *smoking*, se aproximó a ella, caminando con seguridad, con envidiable aplomo. Se sentó en la cama, a su lado. Le pasó un brazo por la espalda y le puso la otra mano sobre el muslo, de piel tersa y suave.

—¿De veras no lo sabe, señorita Falk? —repuso, comenzando a acariciarla delicada y expertamente.

—¿No será peligroso, Walter? —murmuró ella, que ya sentía deseos de abrazarse al guapo secretario.

—En absoluto. El señor Aldrich no está, y nunca sabrá lo que pasó en su ausencia.

—¿Seguro que no? —musitó Elsa, ahogando un gemido de placer, porque la fuerte y hábil mano de Walter Cook se había deslizado audazmente por debajo del tentador camisoncito y ya le

acariciaba el pecho.

—Puede estar tranquila, señorita Falk. De todos modos, si prefiere que me marche...

—¡No! —Casi gritó ella, y se apresuró a rodear el cuello del vigoroso secretario, cuya boca besó con ardor.

En seguida comprobó que él también sabía besar.

¡Y cómo!

Walter Cook la empujó suavemente hacia atrás, y cuando la espalda de ella descansó sobre el redondo lecho, le soltó el lacito del camisón y comenzó a besarla y acariciarla con ambas manos, obligándola a estremecerse una y otra vez.

Elsa Falk le dejaba hacer, maravillada de la extraordinaria habilidad del atlético rubio para proporcionarle placer.

Ninguno de los dos vio ni oyó cómo la puerta se abría lentamente y Roger Aldrich penetraba en la habitación silenciosamente.

Se quedó junto a la puerta, observándolos.

Su expresión, sorprendentemente, no era de furia.

Parecía absolutamente tranquilo.

Incluso sonreía levemente.

Se diría que esperaba encontrarse así a su amiguita y a su secretario.

Más aún: que deseaba pillarlos así, haciendo el amor.

Elsa Falk fue la primera en descubrirle.

Abrió desmesuradamente los ojos y se quedó sin habla.

Walter Cook, al notar que ella se quedaba fría y rígida, se volvió también hacia la puerta.

—Señor Aldrich... —musitó, denotando la mayor de las sorpresas.

Roger Aldrich, muy serio ahora, ordenó:

—Walter, sal del dormitorio y espérame en mi despacho. Luego hablaré contigo.

El secretario se puso en pie y abandonó sumisamente la habitación, con la cabeza baja.

Aldrich miró duramente a Elsa Falk.

La joven se había incorporado y estaba tratando de atarse el lazo del camisón; pero se hallaba tan nerviosa, que no lo conseguía.

—Roger, yo... —balbuceó.

—Cállate —ordenó Aldrich.

—Por favor, deja que te explique lo que...

—No hay nada que explicar.

Elsa Falk se puso en pie e hizo ademán de caminar hacia Roger Aldrich, pero la voz de él la detuvo:

—Quédate ahí.

—Roger...

—¿Sabes lo que te espera por haberme engañado con mi secretario, gatita?

—Me echarás de tu casa, supongo...

—Peor, mucho peor.

Elsa Falk empezó a sentir miedo.

—¿Qué piensas hacer conmigo, Roger?

—Atarte a «La Diana de la Muerte».

—¿La diana de qué...?

CAPÍTULO II

Burt

O'Brien

entró en el restaurante de Barry Stott.

Un local modesto, pero limpio y aseado.

Y, sobre todo, económico.

Ésta era, fundamentalmente, la razón de que allí almorzara y cenara habitualmente Burt

O'Brien.

Además, el restaurante de Stott estaba muy cerca del muelle en donde Burt atracaba su barco.

Sí.

Burt

O'Brien

tenía un pequeño barco.

Lo estaba pagando todavía, y eso le obligaba a estirar al máximo cada dólar que gastaba, pues necesitaba ahorrar todo lo posible para poder atender todos y cada uno de los plazos que aún le restaban por amortizar.

Cuando el barco estuviese totalmente pagado, sería otra cosa.

Entonces podría permitirse los lujos y las diversiones de que ahora se privaba.

Burt

O'Brien

contaba veintiocho años de edad. Era alto y fuerte. Tenía el cabello oscuro y sus facciones eran agradables. Vestía un fino suéter negro, de cuello alto, ceñido a su atlético tórax, pantalones tejanos, blancos, y calzaba mocasines marrones. Su muñeca derecha estaba cercada por una cadena de oro, en la que podía leerse su nombre:

«BURT».

Apenas entrar en el restaurante, descubrió a las dos muchachas que se hallaban sentadas al fondo del local, en torno a una mesa, tomando sendos martinis.

Una era rubia y la otra morena.

Las dos eran increíblemente bonitas, pero a Burt le gustó más la morena. Aunque, si alguien se lo preguntara, no sabría decir exactamente por qué.

Las muchachas también se fijaron en él.

Burt, que se había quedado parado cerca de la puerta, contemplando absorto a las dos preciosidades, caminó hacia el mostrador, tras el cual se hallaba Barry Stott, el dueño del restaurante, con quien simpatizaba bastante.

—Hola, Stott —saludó, sentándose en uno de los taburetes giratorios del bar.

—¿Qué tal, Burt? —sonrió Stott, un tipo robusto, de mediana edad, con muy poco pelo ya sobre la cabeza.

—¿Quiénes son esas beldades? —preguntó O'Brien, mirando hacia la mesa de las muchachas.

—Te gustan, ¿eh?

—Están tremendas.

—Troy Perkins es un tipo afortunado.

—¿Perkins? —repitió Burt, mirando nuevamente al dueño del restaurante.

—Preguntaron por él al llegar. Le están esperando —explicó Stott.

—¿Qué podrán querer dos bellezas como ésas, de un tipo tan bruto y tan grosero como Perkins?

—Alquilar su barco.

Burt respingó.

—¿Te lo han dicho ellas?

—Sí —asintió Stott.

Burt observó de nuevo a las muchachas.

—¿No es una pena, Stott? —murmuró.

—¿El qué?

—Que deseen alquilar el barco de Perkins, en lugar del mío. Yo tengo más educación, y mejores modales...

—Eso es cierto —sonrió Stott—. Pero, por lo visto, a ellas les recomendó alguien a Troy Perkins, y lo quieren a él.

—Veré si puedo hacerlas cambiar de idea —dijo O'Brien, saltando del taburete.

Barry Stott frunció el ceño.

—Cuidado con lo que haces, Burt. Perkins puede llegar de un momento a otro.

—¿Y qué?

—No quiero peleas en mi local, Burt.

—Tranquilo, no pasará nada.

—Troy y tú no simpatizáis.

—Con Troy Perkins simpatiza muy poca gente —repuso Burt, sonriendo.

—Si te sorprende tratando de quitarle los clientes.

Burt

O'Brien

apretó las mandíbulas.

—¿Acaso no ha hecho él lo mismo conmigo en un par de ocasiones? —recordó.

—Tal vez.

—Lo hizo, Stott, y tú lo sabes.

Barry Stott guardó silencio.

Burt

O'Brien

echó a andar decididamente hacia la mesa de las muchachas.

—¡Si hay desperfectos, los pagaréis entre los dos! Advirtió Stott.

Burt giró la cabeza y le sonrió, sin detenerse.

—Te repito que no pasará nada, Stott.

—No debí decirle nada, maldita sea —rezongó el propietario del restaurante.

Burt

O'Brien

se detuvo ante la mesa de las muchachas, las cuales, vistas de cerca, aún parecían más hermosas.

Le concedió veintitrés años a la morena y veintidós a la rubia.

—Buenas noches —saludó, ofreciendo su mejor sonrisa, lo cual le permitió mostrar sus sanos dientes, correctamente alineados.

—¿Es usted Troy Perkins? —preguntó la joven morena, la que le había hecho tilín a Burt desde el primer momento.

—¿Les gustaría que lo fuera?

Las muchachas intercambiaron una mirada, ligeramente desconcertadas.

—Con su permiso —dijo Burt, y se sentó a la mesa, descansando los codos en ella.

Las miró a las dos, sin borrar en ningún momento la sonrisa de los labios.

La joven morena insistió:

—¿Es usted Troy Perkins o no?

—No. Yo me llamo Burt

O'Brien.

¿A que suena mejor?

Las muchachas volvieron a mirarse.

—Desilusionadas, ¿verdad? —dijo Burt.

—¿Por qué íbamos a estar desilusionadas? —inquirió altivamente la joven morena, que parecía tener mayor facilidad para enfadarse que la rubia.

Burt suspiró.

—Yo sí lo estoy —dijo, esquivando hábilmente la pregunta de la preciosa morena.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha rubia, dejando oír su voz por primera vez.

—Me han dicho que desean ustedes alquilar el barco de Troy Perkins.

—Así es —confirmó la joven morena, con la misma altivez de antes.

Burt volvió a sonreír.

—Yo también tengo un barco, ¿saben? Quizá no sea tan bueno como el de Perkins, pero está más limpio.

La chica morena sonrió con ironía.

—Ya entiendo, señor

O'Brien.

Ha venido usted a convencerlos de que es mejor que alquilemos su barco.

—Acertó usted, señorita —confesó Burt.

—Pierde el tiempo, señor

O'Brien.

—¿Quiere decir que no existe posibilidad de que...?

—Ni la más remota. Queremos el barco de Troy Perkins.

—¿Aunque esté más sucio?

—Si está sucio, haremos que lo limpie.

—Como no lo limpien ustedes... —rió Burt.

—Haga el favor de marcharse, señor

O'Brien

—pidió la joven morena, con un chispeo de furia en sus preciosos ojos castaños.

—¿Se ha enfadado conmigo, señorita...?

—Está muy feo robar los clientes a los amigos —espetó la muchacha.

—En primer lugar, Troy Perkins no es mi amigo. En cuanto a lo otro, él también me los roba a mí siempre que tiene ocasión —repuso Burt.

—Eso es lo que usted dice.

—Es la verdad, señorita.

—No le creo.

—¿Me está llamando embustero...?

La joven apretó los dientes furiosamente.

—Márchese, señor

O'Brien.

Burt desvió la mirada hacia la muchacha rubia.

—¿Usted también desea que me vaya, señorita?

La joven, tras mirar un instante a su compañera, asintió:

—Sí, será mejor que se marche, señor

O'Brien.

A Burt le pareció que la muchacha lo decía con cierta tristeza.

Por eso, sonriéndole suavemente, se atrevió a preguntar:

—¿Cómo se llama usted, señorita?

—Arlene Garrison —respondió ella, devolviéndole la sonrisa.

—¿Por qué se lo has dicho? —Gruñó la joven morena.

—¿Qué tiene de malo, Sylvia? —repuso Arlene.

—Oh... —exclamó Burt—. De modo que la gruñona de su amiga se llama Sylvia, ¿eh?

Los ojos de la muchacha morena hicieron algo más que chispear esta vez: llamearon.

—¿Es que no va a marcharse nunca, señor
O'Brien?

—dijo, masticando las palabras.

—Sí, tranquilícese, ya me voy —respondió Burt, poniéndole en pie—. No quiero que por mi culpa sufra un ataque de rabia y tengan que llevarla a un hospital.

La joven morena enrojeció de ira.

—¡Es usted odioso, señor

O'Brien!

—Calma, Sylvia —rogó Arlene Garrison, cogiéndola del brazo.

—¡No quiero calmarme!

—Hágale caso a su amiga o le dará un ataque —rió Burt.

—¡Me dará un cuerno! —rugió la morena, brincando de su silla como si le hubiesen pinchado el trasero con un alfiler.

—¡Sylvia! —exclamó su compañera, levantándose también.

—¡Déjame, Arlene!

—Me voy, Arlene, que su amiga ya siente deseos de morder, y yo no estoy vacunado contra la rabia —dijo socarronamente Burt.

—¡Le voy a...! —rugió de nuevo Sylvia, atrapando su bolso, sin duda con intención de arrojárselo a la cara.

Y lo hizo.

Con todas sus fuerzas.

Burt

O'Brien

se agachó ágilmente y el bolso le pasó por encima de la cabeza.

—¡Ay! —gritó alguien.

Burt se volvió.

Le entraron unas ganas tremendas de reír al descubrir cerca de él a Troy Perkins, cogiéndose la nariz con ambas manos.

Allí había ido a estrellarse el bolso de la colérica Sylvia, no cabía duda.

—¿Qué te ocurre en la nariz, Troy...? —preguntó burlonamente Burt.

Troy Perkins, un tipo tan alto como Burt

O'Brien,

pero mucho más corpulento, apartó bruscamente las manos de su lastimado apéndice nasal, por cuyos orificios resbalaban sendos hilillos de sangre, manchándole el exagerado bigote que le cubría

totalmente el labio superior y casi toda la boca.

Con los ojos llameantes de cólera, bramó:

—¡Te voy a hacer pedazos,

O'Brien!

—¿A mí...? —Burt puso cara de no haber roto jamás un plato—.

¿Por qué, Troy?

—¡Por haber molestado a las chicas! ¿Qué pretendías, que alquilaran tu barco en lugar del mío?

—Me limité a hacerles saber que el mío está más limpio que el tuyo.

—¡Bastardo...! —barbotó Perkins, y se lanzó sobre O'Brien,

con sus enormes puños por delante.

Burt burló el primer mazazo de Troy Perkins y contraatacó con un directo de derecha, que llegó nítidamente a la cara de su rival.

Perkins echó la cabeza hacia atrás, por la potencia del golpe, y perdió la gorra de marino.

La zurda de Burt

O'Brien

entró en acción, incrustándole limpiamente en el hígado de Perkins.

Éste se dobló en el acto, lanzando un aullido de dolor.

Burt quiso colocarle un gancho de derecha, pero antes de que pudiera disparar el puño, Perkins le embistió con la cabeza y le derribó aparatosamente.

Troy Perkins también rodó por el suelo.

Se irguieron los dos casi al mismo tiempo, resoplando.

Perkins logró conectar un zurdazo en el pómulo de

O'Brien,

y éste estuvo a punto de caerse de nuevo. De haber llevado su gorra de marino, también la hubiera perdido, porque el zurdazo había sido dinamita pura.

El otro puño de Troy Perkins salió disparado como un obús hacia la cara de Burt

O'Brien,

pero sólo encontró el vacío.

Burt golpeó a Perkins en el estómago, por dos veces, y luego le atizó en su poderosa mandíbula.

Perkins trastabilló, porque si sus puños tenían dinamita, los de

O'Brien
tenían trilita.

Burt le largó un trallazo, realmente terrorífico, y lo mandó al suelo.

Pero Troy Perkins no estuvo mucho tiempo en él.

Se incorporó como una fiera rabiosa y extrajo una navaja de resorte del bolsillo posterior de sus tejanos.

Arlene y Sylvia gritaron a un tiempo, al ver surgir el destellante acero.

Barry Stott, mero espectador hasta entonces de la emocionante pelea, corrió hacia Troy Perkins, ordenando:

—¡Guarda eso, Perkins!

—¡No te acerques, Stott! —rugió Perkins, amenazándole con la navaja.

El dueño del restaurante se quedó clavado, a unos tres metros de Troy Perkins.

—No seas loco, Perkins. Guarda tu navaja y pelea con los puños —insistió.

—¡Peleo con lo que me da la gana! ¡Y si tú intervienes en esto, habrá navajazos para ti también! —advirtió Perkins, los ojos inyectados de sangre.

Burt
O'Brien,
serenamente, indicó:

—Aléjate, Stott. Me basto y me sobro para darle una lección a Perkins.

—Ten cuidado, Burt... —aconsejó Barry Stott.

—Lo tendré, no te preocupes.

Troy Perkins le atacó con la navaja.

Burt esquivó hábilmente el primer navajazo, dirigido a su vientre.

También esquivó el segundo.

Y el tercero.

Desgraciadamente, al realizar este último movimiento tropezó en una silla y cayó de espaldas al suelo.

Perkins aprovechó la circunstancia para lanzarse sobre él.

Las muchachas chillaron, angustiadas.

También Barry Stott dio un grito.

Burt

O'Brien

giró velozmente sobre sí mismo y la navaja de Troy Perkins chocó contra el suelo, con tanta violencia, que escapó de la mano de éste, quedando a más de un metro de él.

Burt no le dio oportunidad de recuperarla.

Se lanzó como un tigre sobre Perkins y comenzó a golpearle furiosamente.

Él también recibió algunos puñetazos, pero fueron muchos más los que recibió Troy Perkins, quien, finalmente, perdió el sentido y quedó inmóvil en el suelo, boca arriba, con el rostro ensangrentado.

Burt

O'Brien,

jadeante, se pasó el dorso de la mano por la boca, sangrante también, como su pómulo diestro.

Barry Stott trotó hacia él.

—¿Estás bien, Burt?

—Sí, estoy bien.

—¿Quieres que avise a la policía?

—No, déjalo.

—Perkins pudo haberte matado...

—Olvidalo, Stott.

—Como quieras.

Burt miró un instante a las dos muchachas.

Ambas estaban pálidas y temblaban perceptiblemente.

Sin cambiar una sola palabra con ellas, Burt

O'Brien

echó a andar hacia la puerta y abandonó el restaurante.

CAPÍTULO III

Elsa Falk permaneció varios minutos inmóvil, tras la salida de Roger Aldrich del dormitorio.

El color había huido por completo de sus mejillas.

«La Diana de la Muerte...».

¿Qué diablos sería aquello?

¿En qué consistiría la prueba?

No tenía la menor idea.

Pero recordaba perfectamente las últimas palabras pronunciadas por Roger Aldrich: «Tus posibilidades de salir con vida de la prueba, son prácticamente nulas».

¿Lo habría dicho sólo para aterrorizarla?

Elsa se dijo que no.

Aquella siniestra sonrisa que apareció en los labios de Roger Aldrich...

Sí, lo de atarla a «La Diana de la Muerte» iba muy en serio.

Y moriría en ella, si no luchaba por evitar que la sometiesen a aquella prueba.

¿Qué podía hacer para impedirlo?

Sólo una cosa: huir.

Escapar de aquella maldita casa.

Elsa Falk se acercó cautelosamente a la puerta y trató de abrirla.

No pudo.

Como ya se temía, estaba cerrada con llave.

El cerdo de Roger Aldrich la había encerrado en la habitación, para que no pudiera escapar.

Elsa se volvió, los ojos casi en llanto.

Miró el teléfono rojo que descansaba sobre la mesilla de noche.

Al instante dio un respingo.

¡El teléfono!

¡Allí tenía su salvación!

¡Llamaría a la policía y les informaría del peligro que corría!

Elsa corrió hacia el teléfono, atrapó el auricular y se lo llevó al oído, mientras con el dedo índice se disponía a teclear el número de la policía.

No pulsó ninguna tecla.

El receptor no daba señal alguna.

¿Qué diablos ocurría?

Sencillamente, que aquel teléfono no funcionaba.

O se había averiado..., o lo habían averiado intencionadamente.

Elsa empezó a temerse esto último.

Revisó el cable del teléfono.

Se estremeció ligeramente al descubrir que había sido cortado limpiamente.

Entonces comprendió que no había sido casualidad el que Roger Aldrich la sorprendiera en la cama con Walter Cook.

Lo de su viaje a San Francisco sólo había sido un pretexto para dejarla sola.

Roger Aldrich debía sospechar que su secretario aprovecharía su ausencia para tratar de conseguirla a ella.

Y también debía sospechar que ella no le rechazaría.

Sí.

Todo salió como él esperaba.

Y ahora, a sufrir las consecuencias.

¿Qué haría Roger Aldrich con Walter Cook?

¿Se limitaría a despedirle?

¿Lo sometería a la prueba de «La Diana de la Muerte», también?

No, a él seguramente no.

Walter era un tipo demasiado fuerte.

Roger no se atrevería con él.

Le soltaría una regañina y nada más.

Probablemente ni siquiera lo despediría.

Elsa Falk se dejó caer en la cama, abatida.

De pronto, sus ojos tropezaron con el amplio ventanal.

Dio otro respingo.

¡El ventanal!

¡Podía saltar por él al jardín!

Elsa brincó de la cama y corrió hacia el ventanal.

Lo abrió.

Su rostro se ensombreció cuando calculó la distancia que había desde allí hasta el suelo del jardín.

Unos cuatro metros...

Demasiado, para saltar.

Pero, si se descolgaba con algo...

¡Las sábanas!

¡Las ataría fuertemente y le servirían para descolgarse!

Se disponía a correr hacia la cama, cuando alguien apareció en el jardín.

¡Era Walter!

¡El secretario!

¡Y llevaba una escalera de cuerda!

—¡Elsa! —llamó el apuesto rubio, sin levantar demasiado la voz, como si temiera ser oído por alguien más.

—¡Walter! —exclamó la joven, esperanzada.

—¡Te ayudaré a escapar, Elsa! ¡No puedo permitir que el señor Aldrich te mate!

—¡Oh, gracias, Walter!

—¡Voy a lanzarte la escalera! ¡Engánchala al cierre del ventanal y descuélgate por ella!

—¡Sí, Walter! —asintió nerviosamente la joven.

El secretario le lanzó la escalera, con mucha habilidad.

Elsa la atrapó y la enganchó, del modo que Walter le había indicado.

Se descalzó, para descolgarse por ella.

De vestirse, ni se acordó.

Pero como la noche era cálida, no sintió ningún frío, pese a ir prácticamente sin nada.

Cuando estaba a punto de llegar abajo, sintió sobre sus caderas las fibrosas manos del secretario, el cual la ayudó a acabar de descender.

Walter Cook la cogió entonces de la mano e indicó:

—¡Vamos, de prisa!

El secretario echó a correr y Elsa le imitó.

Atravesaron todo el jardín y se introdujeron por una puerta.

Elsa se vio en un estrecho corredor, escasamente iluminado por

la luz que procedía del fondo del mismo.

Walter tiró nuevamente de ella.

—¡Por aquí, Elsa!

—¿Adónde conduce este corredor, Walter?

—En seguida lo verás. ¡Corre, no hay tiempo que perder!

Elsa se dejó llevar por el secretario.

Atravesaron el corredor y alcanzaron la enorme sala a la que conducía éste.

Tendría por lo menos treinta metros de largo.

Y unos diez de ancho.

Al fondo de la misma, se veía una gran diana, de un diámetro aproximado de dos metros.

Debía ser la sala de tiro, sin duda.

—¿Es... es «La Diana de la Muerte», Walter...? —musitó Elsa.

—No. «La Diana de la Muerte» está detrás —informó el secretario—. Al fondo hay otra puerta. Saldremos por ella. ¡Vamos!

Corrieron los dos de nuevo.

Atravesaron toda la sala y alcanzaron la gran diana.

Elsa descubrió entonces la otra diana.

«La Diana de la Muerte».

Era idéntica a la primera en cuanto a tamaño y forma se refiere, pero había algo que las diferenciaba: las cuatro abrazaderas de cuero que permanecían sujetas a la gruesa madera de la diana, dos arriba y dos abajo, convenientemente separadas entre sí, y el grueso cinturón que pendía del centro de la diana.

Todo muy fácil de deducir.

Las abrazaderas superiores, para sujetar las manos de la víctima.

Las inferiores, los pies.

Y el grueso cinturón, para sujetarle la cintura.

De este modo, la víctima quedaba totalmente inmovilizada, con los brazos abiertos y las piernas separadas.

—Se me ponen los pelos de punta sólo de verla, Walter... —murmuró Elsa.

—Sí, es aterradora —convino el secretario.

—Salgamos cuanto antes de aquí —pidió la joven.

—Sí, vamos.

Pero ninguno de los dos se movió.

¡Roger Aldrich acababa de surgir de detrás de «La Diana de la

Muerte»!

¡Esgrimiendo una pistola!

¡Y sonriendo de aquel modo tan siniestro!

CAPÍTULO IV

Burt

O'Brien

optó por regresar a su barco.

Se prepararía cualquier cosa y cenaría allí.

No debía volver por el restaurante de Barry Stott aquella noche.

Sería mejor para todos.

Burt alcanzó el muelle.

Llevaba un pañuelo en la mano y, de cuando en cuando, se restañaba con él la sangre que le brotaba del pómulo derecho y de los labios.

—Hola, Worth —saludó al vigilante del muelle, un tipo de mediana estatura, pero fuerte como un roble.

Worth le miró la cara.

—¿Qué te ha pasado,

O'Brien...?

—He tenido una pelea.

—¿Con quién?

—Con el simpático de Perkins —rezongó Burt.

—¿En el restaurante de Stott?

—Sí.

—¿Y quién ha ganado?

—Nos hemos sacudido los dos de firme, pero Perkins perdió el conocimiento y yo no.

—Entonces, has ganado tú,

O'Brien

—sonrió el vigilante, a quien pareció complacerle el *K. O.* sufrido por Troy Perkins.

Burt también sonrió, aunque más débilmente.

—Al menos, sigo despierto —respondió.

—Diablos, cómo me hubiera gustado presenciar la pelea.

—La próxima vez te avisaré, Worth —bromeó Burt, y echó a andar hacia su barco.

—Lleva cuidado,

O'Brien

—aconsejó el vigilante—. Troy Perkins es un tipo muy rencoroso.

—Lo sé, Worth.

Burt siguió caminando.

Alcanzó su barco.

California, podía leerse en la proa de la embarcación.

Una embarcación moderna y cuidada con esmero.

Lástima que no fuera un poco más grande.

A pesar de ello, Burt

O'Brien

se sentía orgulloso de ser su propietario.

Muy orgulloso.

Subió por la escalerilla y alcanzó la cubierta.

Descendió al interior del barco.

Allí no había mucho espacio, pero sí el suficiente para albergar una doble litera, un armario, una mesa, un par de sillas, un taburete, una reducida cocina, con su despensa y su pequeño frigorífico, y un cuarto de aseo, al que casi había que entrar de lado, pero que, no obstante, disponía hasta de una ducha.

En el suelo, además, había una trampilla, bajo la cual guardaba Burt su equipo de buceo, la caja de herramientas, algunas cuerdas, y varias cosas más, todas ellas útiles en algún momento determinado.

Burt, después de encender la luz, abrió el armario y extrajo el botiquín.

Se limpió las heridas con un algodón empapado de alcohol y luego se aplicó una tirita en el pómulo lastimado.

Su cara no ofrecía un buen aspecto, desde luego.

Además de la herida del pómulo, tenía dos hematomas en la barbilla y un refilonazo en el otro pómulo, y sus labios se habían hinchado y amoratado ligeramente.

Le consoló el pensar que la cara de Troy Perkins había quedado mucho peor que la suya.

Burt guardó el botiquín en el armario y se introdujo en la

pequeña cocina, cuya despensa abrió.

Observó las distintas latas de alimentos de conserva, decidiéndose finalmente por una de jamón de York.

Se disponía a abrirla, cuando oyó un leve ruido en cubierta.

Burt se envaró ligeramente.

Pensó inmediatamente en Troy Perkins.

¿Sería él?

Burt, por si las moscas, salió de la cocina, metió la mano bajo la almohada de la litera inferior, y extrajo su pistola.

Un revólver de calibre 38.

Con el arma firmemente empuñada, esperó.

Los ojos fijos en la escalerilla por la que se subía a cubierta.

Por allí aparecerían, de un momento a otro, las robustas piernas de Troy Perkins y sus zapatones del 44.

Se equivocó.

En lugar de los zapatones del 44, aparecieron unos lindos zapatos femeninos, de color rojo, descubiertos, de elegante tacón, por cuyas puntas asomaban unos deditos preciosos, con las uñas pintadas. Y en lugar de las robustas piernas de Troy Perkins, aparecieron otras delgadas y esbeltas, enfundadas en finas medias de seda.

Pronto aparecieron también las rodillas femeninas, redondas, perfectas. Y, enseguida, casi un palmo de unos muslos de piel suave y bronceada, maravillosamente torneados.

Luego, el corto vestido de la dueña de aquel par de tentadoras piernas.

Por él supo Burt que se trataba de Arlene Garrison.

Inmediatamente se preguntó si también habría venido su amiga Sylvia.

Pronto lo sabría.

La rubia Arlene ya se dejaba ver por completo.

Al descubrir que Burt empuñaba una pistola, la joven se quedó quieta, al pie de la escalera.

—¿Qué clase de recibimiento es éste, señor O'Brien...?

Burt bajó el arma y sonrió.

—¿La he asustado, señorita Garrison?

—Desde luego.

—Lo siento —se disculpó Burt—. Oí un ruido en cubierta y pensé que se trataba de Troy Perkins, que venía en busca del desquite —explicó, guardando la pistola bajo la almohada.

—Troy Perkins sigue en el restaurante, sin conocimiento —informó la muchacha.

—Mejor.

Arlene Garrison sonrió.

—¿No va a preguntarme a qué he venido, señor O'Brien...?

—¿A qué ha venido, señorita Garrison?

—Mi amiga Sylvia Norton y yo hemos cambiado de idea.

—¿Ah, sí...?

Arlene asintió graciosamente con la cabeza.

—Queremos alquilar su barco, señor

O'Brien.

—¿Dónde está ella?

—¿Se refiere a Sylvia?

—Sí.

—Se quedó en el coche.

Burt sonrió.

—Sigue furiosa conmigo, ¿eh?

—Sí. Pero se le pasará pronto, no se preocupe.

—Eso espero.

—¿No quiere saber por qué ya no queremos alquilar el barco de Troy Perkins?

—Sí, siento curiosidad.

—No nos gustó nada que le atacara con su navaja, estando usted desarmado. Y menos aún que lo hiciera, no con intención de herirle, sino de matarle.

—Tampoco a mí me gustó, créame.

—Pero usted no quiso denunciarle a la policía... —observó Arlene Garrison.

—Si lo intenta de nuevo, lo haré —aseguró Burt.

—¿Cree usted que lo intentará...? —preguntó la joven, visiblemente preocupada.

—Espero que no —sonrió Burt.

—Bien, vayamos al asunto. ¿Cuánto cobra usted por día, señor O'Brien?

—Bueno, eso depende... —respondió Burt, pellizcándose el lóbulo derecho—. ¿Qué es lo que quieren hacer usted y la gruñona de Sylvia con mi barco?

—Sylvia no es una gruñona.

—Pues lo disimula muy bien.

—Jamás la había visto tan furiosa como hoy, se lo aseguro.

—¿Está insinuando que yo tuve la culpa de que se pusiera así?

—Mía, desde luego, no fue —sonrió Arlene.

—Muy bien, fue mía —rezongó Burt—. Ahora, dígame qué quieren hacer ustedes en mi barco.

—Partir con él por la mañana y no regresar hasta la noche. A Sylvia y a mí nos encanta bucear.

—¿Disponen de equipo submarino?

—Sí, las dos. Usted sólo tiene que ocuparse de llevarnos en su barco a lugares apropiados para practicar nuestro deporte favorito y devolvernos a tierra al atardecer. Todo lo demás, corre de nuestra cuenta.

—¿Le parece bien cien dólares diarios?

—Me parecen mejor cincuenta —respondió Arlene, sonriendo contagiosamente.

—¿Lo dejamos en setenta y cinco?

—Hecho —rió la joven.

—¿A qué hora quieren partir? —preguntó Burt.

—Temprano. Hay que aprovechar al máximo la luz solar.

—Entonces, saldremos a las ocho.

—A las ocho en punto estaremos aquí —prometió Arlene—. Buenas noches, señor

O'Brien.

—Espere, la acompaño.

—No es necesario, no se moleste.

—No es molestia, señorita Garrison.

—Como quiera.

Arlene Garrison empezó a subir los peldaños.

Burt

O'Brien,

deliberadamente, permaneció al pie de la escalera.

Sabía que así le vería totalmente las piernas a la hermosa rubia.

Y se las vio.

Y hasta parte del *slip*.

Era rojo.

¿Sería para hacer juego con los zapatos?

Burt rió interiormente su ocurrencia y se apresuró a subir los peldaños, para que Arlene no le sorprendiera contemplándole las piernas.

Tomó a la joven familiarmente del brazo y la llevó hasta la escalera por la que se descendía del barco.

—Hasta mañana, señorita Garrison.

—Hasta mañana, señor

O'Brien.

—Y besos a Sylvia, de mi parte —dijo Burt, irónico.

—¿Por qué no prueba a dárselos personalmente? —sugirió Arlene, en el mismo tono.

—No puedo dar besos, tengo los labios lastimados.

—Qué pena...

A Burt le pareció que aquello era una sutil insinuación.

Por eso, carraspeó y dijo:

—Bueno, uno o dos sí podría dar, siempre que no fueran demasiado apasionados...

—Se lo diré a Sylvia —repuso Arlene, e hizo ademán de descender al muelle.

Burt la retuvo, cogiéndola del brazo.

Ella le miró, como exigiéndole una explicación.

Burt se la dio:

—Cuando le dije que uno o dos besos sí podría dar, no estaba pensando en Sylvia, Arlene.

—¿Ah, no?

—Estaba pensando en usted.

—¿De veras siente deseos de besarme, señor

O'Brien?

—Enormes deseos.

—Pues no se quede con las ganas, hombre... —sonrió Arlene.

Burt le pasó un brazo por la cintura, la atrajo hacia sí, y la besó en los labios, sin presionar demasiado.

Después, la miró a los ojos, sin soltarla.

Ella, pícaramente, recordó:

—¿No dijo uno o dos, señor

O'Brien?

Burt la besó de nuevo, con más pasión que antes.

Tras el beso, Arlene se soltó de él y descendió del barco, sin pronunciar palabra. Una vez abajo, sin embargo, le miró y dijo:

—Me pregunto cómo besaré usted cuando tenga los labios curados, señor

O'Brien.

Si teniéndolos lastimados, es capaz de besar así de bien...

Burt sonrió.

—Espero tener la oportunidad de sacarla de dudas, Arlene.

Ella le hizo un gesto de despedida con la mano y comenzó a alejarse rápidamente.

Burt la siguió con los ojos.

Qué chica tan simpática...

A pesar de todo, a él le seguía gustando más la morena.

La agresiva Sylvia Norton.

Sonrió, al pensar que, por la mañana, volvería a verse las caras con ella.

CAPÍTULO V

Elsa Falk lanzó un grito de terror y se aferró al brazo de Walter Cook.

—¡Walter!! —gimió, pálida como un cadáver.

El secretario no dijo nada.

Continuó con la mirada fija en Roger Aldrich.

Éste ordenó:

—Ata a la gatita a «La Diana de la Muerte», Walter.

El secretario pareció vacilar.

—¡Vamos, obedece! —gritó Aldrich.

Walter Cook se dispuso a cumplir la orden de Roger Aldrich.

—¡No, Walter! —suplicó Elsa, aterrorizada.

El secretario, en tono muy bajo, para que no le oyera Aldrich, le dijo:

—Confía en mí, Elsa.

La joven se dejó sujetar dócilmente a «La Diana de la Muerte».

Walter Cook le había pedido que confiara en él y ella confiaba.

No tenía más remedio que confiar.

Sólo el fornido secretario podía sacarla de aquello.

Cuando sus manos y pies quedaron cercados por las resistentes abrazaderas de cuero, Walter le sujetó la cintura con el grueso cinturón.

Entonces, Roger Aldrich ordenó:

—Lárgate, Walter.

El secretario pareció vacilar de nuevo.

Finalmente, giró sobre sus talones y echó a andar hacia la entrada del corredor que él y Elsa habían utilizado minutos antes para llegar hasta allí.

La diana de delante ocultó la atlética figura del secretario de los

ojos de Elsa Falk, aunque la joven siguió escuchando sus pasos, cada vez más lejanos.

¡Se iba!

¡Walter Cook se iba!

¡La dejaba sola con Roger Aldrich!

—¡Walter...! —chilló, angustiada.

Roger Aldrich se echó a reír.

Tenía una risa bronca, desagradable de verdad.

—No destroces tus cuerdas vocales llamando a Walter, gatita.

Está de mi parte, ¿sabes? —reveló.

Un ramalazo de frío sacudió el bello cuerpo de Elsa Falk.

—Sí, gatita. Yo le ordené que te trajera aquí, y él lo hizo. Walter es un gran actor. Todas creen siempre que él trata de ayudarlas, cuando en realidad...

—¿Todas...? —repitió Elsa.

Roger Aldrich volvió a reír, al ver la cara de asombro que ponía la joven.

—Sí, gatita. No eres la primera mujer, y me temo que tampoco serás la última, que ato a «La Diana de la Muerte». Ha habido otras. Y ninguna superó la prueba.

Elsa Falk creyó morir de espanto.

Estaba tan horrorizada, que no consiguió articular palabra, aunque movió varias veces los labios.

Roger Aldrich siguió explicando:

—Cada vez que traigo una mujer joven y bella como tú a mi casa, lo cual sucede bastante a menudo, disfruto de ella la primera noche y a la siguiente la dejo sola, con el pretexto de que tengo que salir de viaje urgentemente. Walter, siguiendo mis órdenes, intenta seducirla. Y siempre lo consigue, el muy bribón. Lo tiene todo a su favor, hay que reconocerlo: es alto, fuerte, joven, atractivo... Tiene mucha experiencia con las mujeres, además. Las hace vibrar como cuerdas de guitarra, apenas rozarlas con sus manos. Por eso no es extraño que todas se dejen seducir, aprovechando mi supuesta ausencia de Los Ángeles. Pero como yo no me he ido a ningún sitio, aparezco en el momento oportuno y pongo fin a las efusiones amorosas de Walter. Y la zorra de turno, porque en el fondo todas sois eso, unas zorras de campeonato, a «La Diana de la Muerte».

Elsa Falk continuó callada.

Seguía sin poder hablar.

Roger Aldrich continuó:

—Ahora, gatita, te diré en qué consiste la prueba que tienes que superar, si quieres salir viva de esta casa. ¿Ves esta pistola? Dispara seis tiros. Yo me situaré a unos veinticinco metros de la otra diana, la cual, como puedes ver, tiene un pequeño orificio en el mismo centro, cubierto por el otro lado de la diana con un disco rojo de papel adhesivo. El orificio no tiene más que dos centímetros de diámetro. Suficiente, no obstante, para dejar pasar limpiamente una bala, si está bien dirigida...

Aldrich hizo una breve pausa y prosiguió:

—Yo tengo una puntería excelente, gatita. Aun así, el blanco no es fácil, dada la distancia desde la que voy a disparar. Veinticinco metros, como ya te he dicho. En las ocasiones anteriores, sin embargo, siempre acerté con alguna de las balas. Ya puedes empezar a rezar, pues, para que hoy tenga un día malo y no consiga dar en el blanco con ninguna de las seis balas, porque si alguna de ellas perfora el disco rojo, se incrustará limpiamente en tu pecho, justo sobre el corazón, y le dirás adiós a la vida en un par de segundos.

Roger Aldrich se alejó, caminando sin prisas.

La primera diana lo ocultó enseguida de los aterrados ojos de Elsa Falk.

La joven oyó sus pasos, alejándose.

De pronto, los pasos cesaron.

Elsa clavó los ojos en el pequeño orificio de la diana que tenía ante ella.

Por allí aparecería la bala que pondría fin a su vida.

Roger Aldrich daría en el blanco con alguno de sus disparos, estaba segura de ello.

Ya debía de estar con el brazo estirado.

Apuntando cuidadosamente con su pistola.

Curvando poco a poco el dedo sobre el gatillo.

Pronto se escucharía la primera detonación.

¡Bang!

El corazón de Elsa Falk se detuvo de golpe.

Pero no había sido alcanzado por el proyectil.

Se había parado del susto.

Pero enseguida reanudó sus latidos, aunque alocadamente, como si quisiera salirse del pecho y evitar así el ser destrozado por la siguiente bala.

La primera, se había incrustado en la madera de la diana, causando un sordo chasquido.

Lo mismo ocurrió con la segunda, disparada por Aldrich casi dos minutos después.

A la horrorizada Elsa, le parecieron dos horas.

Aldrich esperó otros dos minutos y apretó el gatillo por tercera vez.

La bala corrió la misma suerte que las dos anteriores.

Tras la ensordecedora detonación, que parecía rebotar en las paredes de la sala de tiro, otra vez el silencio.

Un silencio profundo.

De muerte...

De pronto, Elsa Falk se puso a chillar histéricamente y a pedir socorro con todas sus fuerzas.

Sus nervios estaban destrozados.

Ya no podía resistir más aquella terrible tensión, aquella horrorosa angustia.

La cuarta bala partió del arma de Roger Aldrich.

También se incrustó en la madera.

Como la quinta.

Elsa Falk, quien pese a su histerismo, había contado los disparos, enmudeció súbitamente.

¡Sólo faltaba una bala!

¡La sexta!

¿Fallaría Roger Aldrich también su último disparo?

Elsa, con el rostro blanco y bañado en lágrimas, y el cuerpo agitado por continuas convulsiones que ella era incapaz de contener, pidió fervorosamente al cielo que Roger Aldrich no diese en el blanco en su última bala.

Con los ojos cerrados y los puños apretados, esperó el sexto disparo.

—¡Estás a punto de superar la prueba, gatita! —oyó decir a Aldrich.

Y le pareció que lo decía en tono irónico.

¿Acaso habría fallado los disparos anteriores deliberadamente,

con el propósito de alargar más su agonía y su sufrimiento?

Este pensamiento acentuó el terror de Elsa.

—¡Dispara de una vez, maldito! —chilló, destrozada por la angustiosa espera.

Aldrich chilló:

—¿Tanta prisa tienes en morir, gatita?

—¡Eres un canalla, Roger! ¡Un cerdo asqueroso, una rata de cloaca, una cuca...!

Elsa Falk interrumpió bruscamente su sarta de insultos y lanzó un grito estremecedor.

Casi al instante, cerró los ojos y dobló la cabeza sobre su pecho.

Un pecho del que ya manaba la sangre a borbotones, resbalándole por el cuerpo y por las piernas.

Sí.

Roger Aldrich había disparado la sexta bala.

Y no había fallado.

El proyectil traspasó limpiamente el disco rojo que cubría el orificio de la primera diana y se incrustó en el pecho de Elsa Falk.

Justo a la altura del corazón, como había anunciado Aldrich.

Y Elsa Falk había muerto.

Casi en el acto.

Roger Aldrich no se molestó en comprobarlo.

Sabía que su última bala había dado en el blanco.

Y cuando esto sucedía, la víctima fallecía instantáneamente.

«La Diana de la Muerte» era infalible.

Acababa de cobrarse una víctima más...

Walter Cook apareció en la sala de tiro.

Ni triste ni alegre.

Impasible.

No preguntó nada.

¿Para qué?

También él sabía que Elsa Falk había muerto.

Roger Aldrich no fallaba nunca su sexto disparo.

Y si fallaba los cinco primeros, era porque quería alargar el tormento de sus víctimas, prolongar su sufrimiento, su terror, su desesperación...

Tal y como sospechara la infortunada Elsa, poco antes de morir.

También Walter Cook pensaba que Roger Aldrich era un canalla.

Pero como le pagaba espléndidamente, no le importaba.

En el fondo, él también era un canalla, por prestarse al juego de Aldrich.

Seducía a sus víctimas.

Se dejaba sorprender por él.

Luego, fingía ayudar a las víctimas.

Pero, lo que en realidad hacía, era llevarlas a la sala de tiro.

Al matadero, más bien, porque eso, y no otra cosa, era la sala de tiro.

De allí no salía ninguna con vida.

—¿Aviso a Troy Perkins, señor Aldrich? —preguntó.

—Sí, Walter —asintió Roger Aldrich—. Que se encargue él de hacer desaparecer el cadáver, como de costumbre.

—Es un hombre muy caro... —observó el secretario.

—Sí, cobra bastante por cada «trabajito». Pero es terriblemente efectivo. Y lo bueno se paga, Walter... —repuso Aldrich, sonriendo, y abandonó la sala de tiro, seguido de su secretario.

CAPÍTULO VI

Faltaban todavía unos minutos para las siete, cuando Burt O'Brien

saltó de la litera, cubierto tan sólo con el *slip*.

Quería tenerlo todo en orden para cuando llegasen Sylvia Norton y Arlene Garrison.

Se enfundó los tejanos y se introdujo, descalzo, en el pequeño cuarto de aseo, donde permaneció casi media hora.

Salió con las mejillas pulcramente rasuradas, el cabello ordenado y húmedo todavía, oliendo a loción.

Su cara ofrecía mucho mejor aspecto, pues ya no tenía los labios hinchados ni amoratados, y los hematomas de la barbilla casi le habían desaparecido. Conservaba, no obstante, la tirita sobre el pómulo derecho.

Se puso los mocasines y una camisa limpia, de manga corta, que sacó del armario, donde guardó el suéter negro que llevara la noche anterior.

Arregló la litera y luego se introdujo en la cocina, donde se preparó un ligero y rápido desayuno, el cual engulló casi en menos tiempo del que le llevó prepararlo.

Antes de subir a cubierta, atrapó su gorra de marino y se la colocó, ligeramente echada hacia atrás.

Consultó su reloj digital.

Aún faltaban diez minutos para las ocho.

El cielo estaba completamente despejado y la temperatura era muy agradable. Una mañana espléndida, en suma.

Mientras esperaba la llegada de las atractivas muchachas, Burt encendió el segundo cigarrillo de la mañana. El primero se lo había fumado en el cuarto de aseo, mientras se afeitaba.

Desparramó su mirada por el muelle, observando los barcos que permanecían atracados en él.

El *Gavilán* no estaba.

Así se llamaba el barco de Troy Perkins.

A Burt no le extrañó su ausencia.

En más de una ocasión, pese a haber madrugado bastante, cuando él subía a cubierta, el barco de Perkins ya se había hecho a la mar.

Burt se entretuvo observando los demás barcos.

Había consumido prácticamente su cigarrillo, cuando vio aparecer a Arlene y a Sylvia, muy cargadas las dos.

Burt arrojó el resto del cigarrillo al agua y se apresuró a bajar del barco, para ayudar a las chicas a llevar sus cosas.

Las dos vestían pantalones y blusas muy livianas, y calzaban cómodas zapatillas de deporte.

Sylvia Norton llevaba su blusa anudada bajo los senos, no demasiado abultados, pero sí firmes y armoniosos. De este modo, dejaba al descubierto la morena piel de su estómago.

Y un ombliguito que era una preciosidad.

Como toda ella, qué demonio.

También Arlene Garrison estaba terriblemente tentadora, porque los pantalones la ceñían como la vaina a la espada, señalando atrevidamente sus rebosantes caderas. Y la blusita, muy ajustada también, marcaba descaradamente sus pechos, altos, plenos, erguidos.

Si a la rubia Arlene le daba por respirar hondo, los botones de la tensada blusa saltarían por los aires y pasaría algo gordo, porque saltaba a la vista que bajo la ligera tela no llevaba nada.

Burt

O'Brien

trató de borrar aquellos pensamientos de su mente y se ofreció para cargar con algunas de las cosas.

—Déjenme que las ayude.

—Sí, por favor —sonrió Arlene, pasándole parte de lo que ella llevaba.

—Deme algunas cosas, señorita Norton.

—Gracias, pero puedo con todo lo que llevo —respondió secamente la altiva morena.

—Es mucho para ti, Sylvia... —observó Arlene.

—Repito que puedo —insistió Sylvia, y echó a andar hacia el barco de Burt

O'Brien.

Éste, mientras veía alejarse a la huraña joven, rezongó:

—Conque su amiga no era una gruñona, ¿eh?

—Discúlpela, Burt —rogó Arlene—. Todavía está un poco enfadada.

—¿No dijo usted que se le pasaría pronto el enfado?

—Y se le pasará, por completo. Dele usted un poco de tiempo y verá.

—Unos cuantos azotes en su lindo trasero, es lo que le daría yo —masculló Burt, observando las nalgas femeninas, perfectamente dibujadas bajo el ajustado pantalón.

—Sylvia está deseando hacer las paces con usted, Burt.

—No me haga reír —repuso

O'Brien,

sarcástico.

—Se lo digo yo, que conozco a Sylvia como si fuera mi hermana.

—Lo siento, pero no puedo creerlo. ¿No ha visto cómo me ha hablado? ¿Y cómo me ha mirado?

—Sylvia esperaba que usted se disculpara por lo de anoche, y no lo ha hecho todavía.

Burt agrandó los ojos.

—¿Disculparme yo...?

—La llamó usted gruñona.

—¡Y lo es!

—No, no lo es. Se lo dije anoche y se lo repito ahora. Está equivocado con Sylvia, Burt, se lo aseguro. Y se dará cuenta cuando la conozca un poco mejor.

—Me temo que ella no me dará la oportunidad —rezongó O'Brien.

Arlene Garrison sonrió.

—Burt, si Sylvia no estuviese deseando olvidar el incidente de anoche, no habría estado de acuerdo conmigo cuando yo le sugerí que alquilásemos su barco en lugar del de Troy Perkins. Para ella era muy violento volver a encontrarse con usted, pero accedió a pasar el trago. ¿Por qué? Pues, porque reconoce que si usted no la

trató bien a ella, ella tampoco le trató bien a usted. Sylvia confía en que usted y ella sean pronto amigos. Estoy segura de que si usted le pide disculpas, ella las aceptará y se las pedirá a su vez a usted. Pero es usted quien debe dar el primer paso. ¿Lo hará, Burt?

—¿Seguro que no pisaré en falso, Arlene?

—Seguro —sonrió la joven.

Burt también sonrió.

—Está bien, Arlene. Le pediré disculpas a Sylvia.

—Hágalo cuando yo no esté presente, Burt —aconsejó Arlene.

—¿Por qué?

—Sylvia se mostrará más flexible con usted si yo no estoy. Cosas de mujeres, ¿sabe?

—No acabo de entenderlo, pero si usted lo dice...

—Ande, vamos. Sylvia ya está subiendo sus cosas al barco.

Burt y Arlene echaron a andar hacia el *California*.

Subieron a bordo, con todo lo que llevaban.

—Faltan las botellas de aire —dijo Arlene.

—¿Están en el coche? —preguntó Burt.

—Sí.

—Yo iré por ellas.

—Usted no sabe qué coche es, Burt. Será mejor que vaya yo.

—La acompañaré.

—Oh, no es necesario. Mientras tanto, enséñele el barco a Sylvia.

Burt, comprendiendo que Arlene deseaba dejarlos unos minutos a solas, para que él pudiera pedir disculpas a Sylvia, miró a ésta y respondió:

—Con mucho gusto.

Arlene descendió del barco.

Burt, por un momento, temió que Sylvia quisiese acompañar a Arlene, evitando así el quedarse a solas con él, pero la bella morena no habló ni se movió.

Burt carraspeó ligeramente y rogó:

—Si tiene la amabilidad de acompañarme abajo, señorita Norton...

Ella le miró, pero no dijo nada.

Burt descendió al interior del barco.

Sylvia le siguió.

Menos mal.

—¿Qué le parece, señorita Norton?

—Su barco es muy pequeño —opinó ella.

—Sí, ya sé que no es grande —carraspeó Burt—. Pero no es feo, ¿verdad?

—No, es bonito.

—Me alegro de que le guste.

—¿Qué es eso?

—El cuarto de aseo —respondió Burt, apresurándose a abrir la puerta del mismo.

Sylvia Norton penetró en él.

—Oh, tiene ducha y todo... —murmuró, gratamente sorprendida.

—Sí —sonrió Burt, orgulloso.

—¿Agua del mar?

—Oh, no. El depósito está lleno de agua dulce. Si después de las zambullidas, desea ducharse para eliminar de su piel la sal del mar, ya sabe que puede hacerlo.

—Gracias. Pero me temo que no tendría espacio para secarme con la toalla —repuso la joven, burlona.

A Burt le dolió que Sylvia aludiera a las reducidas dimensiones del cuarto de aseo, y estuvo a punto de contestarle agriamente, pero se contuvo.

Mejor que no hubiera guerra entre ellos.

—¿Quiere salir, señor

O'Brien,

para que pueda salir yo a mi vez? —pidió la muchacha.

—Antes me gustaría disculparme, señorita Norton —carraspeó Burt.

—Hombre, ya era hora.

—No estuve demasiado correcto anoche, lo sé.

—Estuvo realmente grosero.

—Me molestó que usted dudara de mi palabra.

—Y a mí me molestó su comportamiento. Nunca debió ofrecernos su barco, sabiendo que nosotras deseábamos alquilar el de Troy Perkins. Aunque fuese cierto que él hubiese hecho lo mismo con usted, en otras ocasiones.

—Le diré la verdad, Sylvia. ¿No le importa que la llame así?

—Es mi nombre, ¿no?

—Sí, claro. Bien, le diré por qué me atreví a ofrecerles mi barco. No fue por robarle el trabajo a Perkins. Nunca lo he hecho, a pesar de que él sí lo hizo conmigo en un par de ocasiones. Fue porque pensé que sería peligroso para ustedes hacerse a la mar solas con Troy Perkins.

—¿Peligroso? ¿Por qué?

—Perkins es un mal tipo. Ya vio usted lo que hizo anoche. Como no le iban bien las cosas con los puños, sacó su navaja. De verdad temí que pudieran ustedes tener problemas con él, una vez en su barco y lejos de aquí. Tanto Arlene como usted, son jóvenes y hermosas. Perkins podría haber tenido algún mal pensamiento.

—¿Y usted no lo tendrá? —preguntó Sylvia, que parecía haberse propuesto molestar de algún modo a Burt O'Brien.

Éste siguió «aguantando» y aseguró:

—De mí no tienen ustedes nada que temer. Yo no pongo nunca la mano sobre el cuerpo de una mujer sin antes asegurarme de que ella desea que se la ponga.

—¿Quiere decir que Arlene lo deseaba? —repuso Sylvia, con un brillo irónico en la mirada.

—¿Arlene?

—Anoche vi cómo la tomaba por la cintura y la besaba, por dos veces.

Burt carraspeó nerviosamente.

—Bueno, lo que ocurrió en realidad, fue que...

—Que la abrazó, y la besó, lo vi perfectamente. Y a ella no pareció disgustarle, porque regresó muy contenta al coche.

—¿Por qué iba a disgustarle? La besé con delicadeza, y no traté de aprovecharme de la situación. ¿No vio usted cómo mis manos permanecían quietas?

—No, no lo vi. Estaba demasiado lejos.

—Pues lo estuvieron. Absolutamente quietas. Pregúnteselo a Arlene y verá.

—Yo no tengo que preguntarle nada. En realidad, a mí me importa un comino lo que usted y Arlene hagan o dejen de hacer. No es cosa mía. Y ahora, por favor, deje que salga de aquí. Empiezo a sentirme incómoda en esta caja de cerillas.

Burt soltó un gruñido y salió del estrecho cuarto de aseo.

Sylvia Norton salió también y subió a cubierta.

Burt fue tras ella, rezongando por lo bajo.

Arlene Garrison llegaba en aquellos momentos, cargada con las botellas de aire comprimido, las cuales le ayudó Burt a subir a bordo.

Por el ceñudo gesto de éste, y la seriedad de Sylvia, adivinó Arlene que la situación no había cambiado en absoluto.

Minutos después, Burt

O'Brien

soltaba las amarras y ponía el motor en marcha.

El *California* comenzó a alejarse del muelle.

CAPÍTULO VII

Un par de horas después, Burt

O'Brien

paraba el motor del barco y echaba el ancla.

—¿Hemos llegado, Burt? —preguntó Arlene Garrison.

—Sí, este lugar es bueno para lo que ustedes quieren —respondió

O'Brien

—. Hay rocas, las aguas son claras y cálidas, abundan los peces, la profundidad no es excesiva... Es el lugar ideal, en suma. Y nadie nos molestará, porque por aquí viene muy poca gente —añadió.

—¿Nadie...? —repuso Sylvia Norton, con ironía.

—Nadie, se lo aseguro —insistió Burt.

—Me temo que se equivoca usted, señor

O'Brien.

—¿Por qué dice eso?

—Porque allí hay un barco —informó la joven, señalándolo con el brazo.

—Es cierto, Burt... —murmuró Arlene—. Hay otro barco anclado allí.

O'Brien

atrapó sus prismáticos y contempló el barco.

—Maldición... —rezongó.

—¿Qué ocurre, Burt? —inquirió Arlene.

—Es el barco de Troy Perkins.

—¡Oh, no! —exclamó la linda rubia, disgustada.

—¿Qué diablos estará haciendo aquí? —masculló Burt, bajando los prismáticos.

—Será mejor que nos vayamos a otro sitio, Burt —opinó Arlene.

—¿Por qué? —intervino Sylvia—. ¿Acaso este lugar pertenece a Troy Perkins?

—No, pero...

—Me gusta este sitio, Arlene.

—Y a mí, Sylvia. Pero, si nos quedamos, Burt puede tener problemas con Troy Perkins.

—Que lo decida él, entonces —propuso Sylvia, mirando a Burt.

Éste la miró a su vez.

Fijamente.

—¿Usted desea quedarse, Sylvia?

—Ya ha oído que sí —respondió ella.

—Entonces, nos quedamos —decidió Burt.

En los ojos de Arlene Garrison, muy azules, hubo una chispa de temor.

—¿No será peligroso para usted, Burt?

—En absoluto —respondió

O'Brien.

—¿Seguro?

—Si Troy Perkins deseara vengarse por lo de anoche, ya lo habría intentado. Les confieso que esta noche he dormido con un ojo abierto, por si acaso venía en mi busca. Pero Perkins no vino. No, no creo que tengamos problemas con él. Podemos quedarnos en este lugar con entera tranquilidad.

—Ya lo has oído, Arlene. Vamos a cambiarnos —indicó Sylvia.

Las dos muchachas descendieron al interior del barco.

Burt observó de nuevo el *Gavilán* con los prismáticos.

Troy Perkins no se veía por ningún lado.

La cubierta estaba desierta.

Burt dejó los prismáticos y encendió un cigarrillo.

Minutos después, Sylvia y Arlene estaban en cubierta de nuevo.

Burt tuvo que hacer un esfuerzo para no abrir la boca.

El bikini de Arlene era azul.

El de Sylvia, rojo.

¿Cuál de los dos era más diminuto?

Imposible saberlo.

A Arlene pareció complacerle el examen visual de que ella y Sylvia estaban siendo objeto por parte de Burt

O'Brien.

Sylvia, en cambio, parecía incómoda.

La mirada del propietario del *California* le producía un extraño cosquilleo en las piernas, largas, de muslos perfectos, en las caderas, menos amplias que las de Arlene, pero con la curva necesaria, en el vientre, casi liso, y en los senos, cubiertos sólo lo justo por el reducido sujetador del bikini.

—¿Es que nunca ha visto una chica en bikini? —preguntó, molesta por el concienzudo examen de Burt.

—Sylvia... —le recriminó Arlene.

—Tú cállate —gruñó Sylvia—. Le estoy preguntando a él.

Burt sonrió.

—Sinceramente, tan bonitas como ustedes, debo confesar que no —respondió, arrojando la colilla al mar.

—Pues deje de mirar o tendré que ponerme el traje de goma.

—¿Por qué no lo hace?

—Estas aguas son cálidas y poco profundas, usted mismo lo ha dicho.

—Es cierto.

—No es necesario, pues, usar el traje isotérmico.

—A usted se le ocurrió la idea, no a mí —observó Burt, socarrón.

—Tengo otras ideas, no crea —repuso Sylvia, furiosa.

—¿Echarme al mar, por ejemplo...?

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Me ahogaría, porque no sé nadar.

—Ahora aún siento más deseos de echarle.

—¡Sylvia! —exclamó Arlene, en tono de censura.

Sylvia Norton miró a su amiga.

—Me saca de quicio, Arlene, no puedo evitarlo —dijo, y comenzó a equiparse.

Arlene miró un instante a Burt.

Éste encogió los hombros, como diciendo que él no tenía la culpa de que Sylvia tuviese tan mal carácter.

Arlene Garrison comenzó a equiparse también.

Sylvia ya se había colocado el cinturón de lastre, el cuchillo, las gafas —de momento, sobre la frente—, y las aletas. Después de comprobar con el manómetro la presión de las botellas, se las colocó a la espalda y fijó convenientemente su atalaje.

Arlene hizo lo mismo.

Equipadas ya por completo, ambas se colocaron bien las gafas y comprobaron su estanqueidad haciendo ventosa, es decir, aspirando por la nariz.

Tomaron la boquilla de sus respectivas escafandras y respiraron varias veces por ella, asegurándose de que el grifo estaba bien abierto.

Sylvia fue la primera en descender por la escalera y sumergirse en el mar, con su fusil de pesca submarina en las manos.

Arlene lo hizo unos segundos después.

La bella rubia también llevaba un fusil de pesca submarina.

Desaparecieron las dos bajo las azuladas aguas.

Burt

O'Brien

volvió a observar con los prismáticos el barco de Troy Perkins.

Éste continuaba sin dejarse ver.

¿Dónde diablos estaría?

Él se sentiría mucho más tranquilo si lo viese en la cubierta del *Gavilán*, fumándose un cigarro.

A Burt comenzaron a molestarle los pantalones y la camisa.

Y es que el sol ya calentaba lo suyo.

Decidió ponerse el bañador, para lo cual descendió al interior del barco, regresando a cubierta poco después, descalzo, y con el bañador puesto ya.

Un bañador negro, tipo *slip*, que tampoco cubría demasiado.

¿Y qué?

También él tenía derecho a lucir lo mejor posible su bien formado cuerpo, ¿no?

Sentado en la borda, esperó el regreso de las chicas.

Éste tuvo lugar unos quince minutos después.

Burt ayudó a las muchachas a subir a bordo.

Mejor dicho, ayudó a la rubia Arlene.

La morena Sylvia no quiso cogerse de su mano.

—¿Qué tal la inmersión? —preguntó Burt.

—Oh, ha sido magnífico, Burt. Este lugar es maravilloso —respondió Arlene, al tiempo que daba una ojeada al atlético cuerpo masculino, velludo y musculoso.

—¿No han capturado ninguna pieza?

—Vimos un mero que pesaría por lo menos veinte kilos.

—¡Diablos! ¿Y qué pasó?

—Sylvia le disparó, pero falló.

—Si ese mero hubiese tenido mi cara, seguro que no habría fallado —dijo Burt, con ironía.

—Puede estar convencido de que no —gruñó la arisca morena, fulminándolo con la mirada.

—¿Es que os vais a pasar el día discutiendo, Sylvia? —dijo Arlene, enfadada.

—Que no me hable y no discutiremos.

—Eres tú la que tiene ganas de discutir.

—Este tipo me pone enferma.

—Si tan mal te cae, ¿por qué estuviste de acuerdo en que alquilásemos su barco en lugar del de Troy Perkins?

Sylvia Norton apretó los labios.

—Todos cometemos errores, ¿no?

—Sylvia...

—Basta, Arlene. ¿O es que voy a tener que discutir contigo también?

—Estás imposible, hija.

—Muy bien, estoy imposible. Voy a zambullirme de nuevo. ¿Vienes?

—No, estoy cansada.

—Como quieras —gruñó Sylvia, y comenzó a descender de nuevo por la escalera.

—Ten cuidado —rogó Arlene.

—Y suerte con el mero, si vuelve a encontrarse con él —dijo Burt, sonriendo socarronamente.

Sylvia no respondió.

Ya se había puesto la boquilla.

Pero a través del cristal de las gafas de buceo, sus ojos le dijeron unas cuantas cosas a Burt O'Brien.

—Demonios, me parece que su amiga me está llamando de todo, Arlene... —murmuró Burt.

—No sé qué diablos le pasa, de veras —rezongó la joven rubia.

—¡Ni yo!

—¿Se disculpó usted ya con ella por lo de anoche?

—Sí, al poco de dejarnos usted solos.

—¿Y...?

—No sirvió de nada.

—No lo entiendo.

—Bah, dejémoslo. ¿Le ayudo a desprenderse del equipo de buceo, Arlene?

—Sí, por favor. Tardaré por lo menos una hora en volver a zambullirme.

Arlene se despojó de todo.

Burt la observó, de frente.

La bronceada piel de la joven brillaba a causa del agua.

—¿Quiere una toalla para secarse?

—No, prefiero secarme al sol —sonrió ella.

—Tiene usted un cuerpo precioso, Arlene.

—Muchas gracias.

—¿A usted no le molesta que la miren?

—No, a mí me agrada. Y a Sylvia también, aunque ella le dijera lo contrario. Las mujeres nos sentimos halagadas cuando los hombres nos observan con admiración.

—Mi admiración, en estos momentos, es enorme.

Arlene Garrison giró la cabeza hacia donde se hallaba anclado el *Gavilán*.

—Vaya, el barco de Troy Perkins sigue ahí...

—Sí.

—Es más grande que el suyo, ¿verdad?

—Sí.

Arlene volvió a mirarle.

—¿Cuánto mide el suyo, Burt?

—Ocho metros y medio de eslora.

—Oh, no está mal.

—Y tres y medio de manga.

—Tampoco está mal.

—Y cincuenta y ocho de cintura —dijo Burt, cogiendo suavemente el talle femenino—. Centímetros, naturalmente.

—Sesenta —corrigió Arlene, sonriendo coquetamente.

—Noventa y dos de cadera —prosiguió Burt, deslizando sus manos hacia los formidables laterales de la muchacha.

—Noventa.

—Noventa y uno de busto —calculó Burt, y sus manos se fueron para arriba.

Arlene se las detuvo cuando ya se hallaban a escasos centímetros de sus senos y corrigió:

—Noventa también.

—¿Por qué el *stop*. Arlene?

—Va usted demasiado deprisa, Burt.

—Los lentos llegan tarde a todos los sitios. ¿Los prefiere usted así, Arlene?

—No.

—Entonces... —Burt trató de alcanzar su objetivo, al tiempo que besaba a la joven en el cuello, y detrás de la oreja, y en el lóbulo...

—Burt, por favor... —gimió dulcemente ella, sin apartar su cara de los hábiles labios masculinos.

—Tú deseas que te acaricie, Arlene.

—Sí. Pero...

—¿Pero?

—Sylvia podría sorprendernos...

—Olvídate de Sylvia. A lo mejor ya se la ha comido el mero.

—¡Burt!

—Lo sentiría por el mero. Sylvia es un bocado muy difícil de digerir. El pobre mero acabaría reventando como un sapo.

Arlene no quería reír, pero no pudo contenerse.

—Eres terrible, Burt.

—Tú sí que eres comestible, Arlene.

—¿Por eso me muerdes?

—Por eso y por otras cosas.

—Qué caníbal eres —rió de nuevo la joven, tendida ya de espaldas sobre la cubierta del barco.

Burt la había obligado a ello, poco a poco, sin dejar de besarla y de acariciarla.

Arlene abandonó su actitud pasiva y pasó a devolver cada beso y cada caricia.

Y allí, teniendo como único testigo al radiante sol, Burt y Arlene se amaron con vehemencia, ajenos por completo al grave peligro que, en aquellos momentos, estaba corriendo Sylvia Norton.

CAPÍTULO VIII

Sylvia Norton, al poco de sumergirse, tuvo suerte y volvió a ver al gigantesco mero.

Arlene había dicho que pesaría por lo menos veinte kilos, pero se quedó corta en el cálculo. Seguro que llegaba a los veinticinco.

Sylvia se lanzó tras él, moviendo velozmente las aletas y con el fusil de pesca submarina presto a ser utilizado.

Lo capturaría.

Esta vez capturaría al mero.

Y se lo arrojaría a la cara de Burt O'Brien.

Él y Arlene habían quedado solos.

Ella, en bikini.

Él, en bañador.

La noche anterior se besaron.

Seguro que ahora, aprovechando su ausencia, harían algo más que besarse.

Sylvia estuvo tentada de volver al barco y estropearles la fiesta.

Pero no lo hizo.

Al diablo con los dos.

Si les apetecía hacer el amor, que lo hiciesen.

A ella le tenía sin cuidado.

¿O no le tenía sin cuidado?

Sylvia maldijo con el pensamiento.

Si seguía pendiente de lo que pudieran estar haciendo o dejando de hacer Burt y Arlene, el precioso mero se le escaparía.

Y sería demasiada suerte para ella encontrárselo por tercera vez.

Volvió a mandar al diablo a su amiga y al patrón del California y se olvidó por completo de ellos.

El mero requería toda su atención.

Lo vio esconderse tras unas rocas.

Sylvia fue rápidamente hacia allí.

Al doblar las rocas, se llevó una sorpresa.

El voluminoso mero había desaparecido.

Pero no fue eso lo que sorprendió a Sylvia, sino la cueva que tenía ante ella, de angosta entrada, pero suficiente, no obstante, para dejar pasar el cuerpo de una persona.

Y lo más sorprendente de todo era que ella juraría haber pasado, en la inmersión anterior, por delante de aquellas rocas, junto con Arlene, y entonces no vio cueva alguna.

Eso no era posible, claro.

Sin duda estaba confundida, y se trataba de otras rocas parecidas, de un lugar similar.

Bien.

La realidad era que allí, ante ella, tenía una cueva submarina, y que, casi con toda seguridad, el hermoso mero de veinticinco kilos de peso se había ocultado en ella.

Aguardar a que saliera, le pareció una tontería.

Podía tardar demasiado en hacerlo.

Además, la cueva podía tener otra salida, y el mero haber escapado por ella.

Por todo ello, Sylvia decidió entrar en la cueva.

Lo hizo.

La luz, en su interior, era tan escasa que apenas vio nada.

No obstante, le pareció distinguir unos bultos, cerca de las paredes de la cueva.

Se disponía a acercarse a ellos, para averiguar de qué se trataba, cuando la luz que se filtraba tras ella, por la entrada de la cueva, comenzó a disminuir.

Sylvia, alarmada, se volvió bruscamente, con el fusil a punto para lanzar el arpón contra su posible enemigo.

Lo que vio la dejó helada de espanto.

Su enemigo era... ¡una roca!

—¡Una roca que se movía!

¡Y estaba cubriendo la entrada de la cueva!

Sylvia consiguió vencer su terror y se lanzó hacia la salida de la cueva, prácticamente cubierta ya.

Apenas quedaba un resquicio en la parte superior, unos pocos centímetros por donde poder mirar hacia el exterior de la cueva.

Eso fue lo que hizo la aterrada Sylvia Norton: mirar por el resquicio.

No vio a nadie.

Y forzosamente tenía que haber alguien.

O *algo*.

Las rocas no se mueven solas.

Aquella había sido empujada, con el objeto de cubrir con ella la entrada de la cueva.

Y dejarla encerrada a ella en su interior.

Sylvia, angustiada, empujó la roca.

Con todas sus fuerzas.

La roca cedió, pero muy levemente.

Y, cuando Sylvia dejó de empujar, agotada por el esfuerzo, la roca volvió a quedar como al principio.

La joven descansó un par de minutos y empujó de nuevo la roca.

El resultado fue el mismo. Era demasiado pesada para ella.

Sylvia Norton comprendió que nunca lograría apartar la roca que cubría la entrada de la cueva y que ahora se hallaba obstruida.

La oscuridad en la cueva era ahora absoluta.

Sylvia Norton se dijo que sólo un milagro podía salvarla.

Y pidió a Dios, con lágrimas en los ojos, que hiciera posible dicho milagro, o aquella cueva sería su tumba...

CAPÍTULO IX

Arlene Garrison miró su reloj.

—Empieza a preocuparme la tardanza de Sylvia, Burt.

—Pues no tiene por qué preocuparte, Arlene. Sylvia se encuentra más a gusto en el fondo del mar que en mi barco. Por eso no tiene prisa en regresar —repuso Burt O'Brien.

Estaban los dos sentados sobre la cubierta del barco, con la espalda apoyada en la banda de babor.

Burt rodeaba con su brazo izquierdo los hombros de la joven, y de cuando en cuando la besaba y la acariciaba con la otra mano.

—Sylvia y yo tenemos una norma, ¿sabes? —dijo Arlene.

—Sí.

—Jamás permanecemos más de quince minutos bajo el agua.

—¿Y cuánto hace que se sumergió?

—Veinte minutos.

Burt no dijo nada.

Arlene le miró, preocupada.

—Me parece que voy a ir en su busca, Burt.

—¿En su busca?

—Sí. Temo que esté en dificultades.

Arlene se puso en pie y comenzó a equiparse.

Burt también se irguió.

Tomó sus prismáticos y observó el *Gavilán*.

Respingó ligeramente al descubrir a Troy Perkins sobre la cubierta, en bañador, y chorreando agua.

Junto a él, un equipo bibotella de aire comprimido un cinturón de lastre, unas gafas de buceo, un par de aletas, un cuchillo, un fusil de pesca submarina.

Sí, no cabía duda.

Troy Perkins había estado buceando.

Por eso no le vio en las ocasiones anteriores, cuando miró con los prismáticos.

La idea de que Sylvia Norton pudiera haberse tropezado con Troy Perkins bajo las aguas, contagió a Burt del temor y la preocupación que sentía Arlene.

Perkins debía de estar resentido también con ambas muchachas, por no haber alquilado su barco.

Y si se había encontrado casualmente con Sylvia.

Burt dejó los prismáticos y dijo:

—Espera, Arlene. Bajaré contigo.

—¿Qué?

—Buscaremos juntos a Sylvia.

—¿No dijiste que no sabías nadar...?

—Era una broma, mujer.

Arlene sonrió.

—Ya lo suponía. ¿Dónde se ha visto un marino que no sepa nadar?

—Mi equipo está abajo. Voy por él.

—Date prisa, Burt —rogó Arlene—. Ignoro el aire que pueda quedarle a Sylvia, pero no debe de ser mucho.

Burt se movió con rapidez.

Apenas un par de minutos después, estaba totalmente equipado.

Él y Arlene se sumergieron rápidamente.

La joven, extrañada, vio que Burt tomaba decididamente una dirección, como si supiera de antemano donde iban a encontrar a Sylvia.

Le siguió, diciéndose que, cuando él actuaba así, sus razones tendría.

Se habrían alejado algo más de cincuenta metros del lugar donde se hallaba anclado el *California*, nadando en línea directa hacia el *Gavilán*, cuando Burt se detuvo de pronto y cogió del brazo a Arlene, a la vez que con el suyo señalaba hacia unas rocas próximas.

Arlene agrandó los ojos al descubrir, sobre el arenoso suelo, un arpón, cuyo hilo conducía a un resquicio que había en las rocas del cual surgía.

La joven miró a Burt
O'Brien.

Le pareció, por la expresión de sus ojos, que él estaba tan perplejo como ella.

Burt tiró del brazo de la muchacha.

Nadaron ambos hacia el lugar donde yacía el arpón.

Burt lo tomó y tiró de él.

Al instante, notó que desde el otro extremo del hilo tiraban a su vez.

Arlene también se dio cuenta de ello.

Se alegraron ambos, porque aquello significaba que Sylvia, aunque misteriosamente atrapada en el interior de aquellas rocas, seguía con vida.

A una indicación de Burt, nadaron los dos hacia las rocas.

Burt miró por el resquicio.

Descubrió a Sylvia Norton al otro lado, con los ojos dilatados y enrojecidos por las lágrimas.

La joven le suplicó con la mirada que la sacase cuanto antes de allí, porque ya no podría resistir mucho más tiempo bajo el agua, debido al poco aire que quedaba en sus botellas.

Burt trató de tranquilizarla con un gesto muy expresivo, haciéndole saber que él la sacaría rápidamente de allí.

Apenas observar el suelo, Burt, por las señales que ofrecía la arena, adivinó que la pesada roca que impedía la salida a Sylvia Norton podía desplazarse hacia ambos lados.

Sin pérdida de tiempo, puso manos a la obra.

Le costó lo suyo, pero consiguió arrastrar la roca hacia la izquierda, dejando libre la salida de la cueva.

Sylvia salió, pero moviéndose torpemente, sin apenas fuerza.

Burt se dio cuenta de que la muchacha estaba a punto de desvanecerse.

Le pasó un brazo por la cintura y tomó un fuerte impulso, yéndose los dos rápidamente hacia arriba.

Había que salir a la superficie cuanto antes.

Arlene fue tras ellos.

Cuando ganaron la superficie, Sylvia había perdido el conocimiento.

Burt la arrastró hacia el barco, con toda rapidez.

Poco después, estaban los tres sobre la cubierta del California.

Burt dejó a la desvanecida Sylvia tendida de espalda en el suelo y se apresuró a practicarle la respiración artificial boca a boca.

Arlene contuvo la suya, porque su amiga estaba tan pálida, que parecía muerta.

Afortunadamente, no era así, y Sylvia Norton volvió en sí, gracias a la experta actuación de Burt

O'Brien.

Al verse fuera del agua, tendida en la cubierta del barco, cerca de Burt y de Arlene, Sylvia rompió a llorar.

Arlene se abrazó a ella y la besó varias veces en las mejillas.

—Cálmate, Sylvia. Estás a salvo, ya no corres ningún peligro.

—¡Fue horrible, Arlene!

—Sí, lo sé. Debiste vivir momentos realmente angustiosos en esa cueva.

—¡Estuve a punto de desmayarme de terror!

—Tranquilízate, ya pasó. Por fortuna, Burt y yo llegamos a tiempo, y él consiguió sacarte de allí. La roca que cubría la entrada de la cueva era muy pesada, pero Burt pudo con ella. Le debes la vida, Sylvia. ¿No vas a darle las gracias por haberte salvado?

Sylvia miró a Burt.

Después de morderse los labios, faltos de color todavía, murmuró:

—Le estoy muy agradecida, Burt.

—No tiene importancia —sonrió

O'Brien.

—Me siento realmente avergonzada.

—¿Por qué?

—Le he tratado muy mal, lo sé.

—Olvídelo.

—No, no podré olvidarlo. Y tampoco que me salvó la vida.

—¿Se encuentra en condiciones de explicarnos lo que ocurrió, Sylvia?

La joven lo hizo, sin omitir detalle, y concluyó:

—Al darme cuenta de que nunca lograría apartar la roca, se me ocurrió disparar el arpón por el resquicio, porque tenía la esperanza de que Arlene, extrañada por mi tardanza, bajase en mi busca. Como la roca cubría casi totalmente la entrada de la cueva, pasaría

por delante de ella sin descubrirme. En cambio, no le sería difícil encontrar el arpón, y por el hilo, descubrir la cueva.

—Como así sucedió. Fue una gran idea, Sylvia —repuso Arlene.

—¿Cómo fue que Burt también bajó en mi busca, Arlene?

—Yo no se lo pedí, Sylvia, Él se ofreció.

—¿Por qué, Burt? ¿Acaso sospechaba usted el peligro que yo corría?

—Mientras Arlene se equipaba, vi a Troy Perkins en la cubierta de su barco —explicó Burt—. En bañador, y con todo un equipo de inmersión junto a él, recién usado...

Sylvia Norton abrió la boca.

—¿Sospecha usted que fue él quien...? —balbuceó.

Burt asintió con la cabeza.

—Troy Perkins la encerró en la cueva, Sylvia.

La joven sintió un estremecimiento.

—¿Por qué, Burt?

—La razón exacta, la desconozco. Aunque, analizando fríamente los hechos, yo diría que Troy Perkins oculta algo en esa cueva. Algo que él no quiere que descubra nadie. Eso justificaría su presencia en este lugar. Debía de disponerse a cerrar la cueva, cuando descubrió que alguien se acercaba. Como no le dio tiempo a mover la pesada roca, optó por ocultarse en un lugar cercano. Al ver que usted penetraba en la cueva, pensó que descubriría su secreto, y, ni corto ni perezoso, abandonó su escondite y cerró la cueva, dejándola a usted dentro. Usted moriría allí y no podría revelar a nadie su secreto. Y nadie encontraría jamás su cadáver.

—Y así hubiera sucedido, de no ocurrírsele a Sylvia disparar su arpón por el resquicio de la entrada de la cueva... —observó Arlene.

—Qué malos instintos, Dios —murmuró Sylvia.

—¿Qué descubrió usted en esa cueva, Sylvia? —inquirió Burt.

—Vi unos bultos, junto a las paredes de la cueva, pero no pude distinguir lo que eran. Al cubrir la entrada con la roca, la cueva quedó completamente oscura.

—Lo averiguaremos.

—¡Nadie va a averiguar nada! —gritó alguien.

Burt, Sylvia y Arlene volvieron bruscamente la mirada hacia la escalera por la que se ascendía al barco.

Por allí acababa de surgir Troy Perkins.
Y empuñaba una pistola automática.

CAPÍTULO X

Burt

O'Brien

se puso lentamente en pie.

Observó a Troy Perkins fijamente, con un brillo acerado en las pupilas.

—Hola, canalla.

Perkins lanzó una carcajada.

—Eso es lo único que vas a poder hacer,

O'Brien

insultarme.

—¿Piensas matarnos?

—¿Acaso lo dudas...?

Sylvia y Arlene Garrison se estremecieron.

La primera estaba sentada en el suelo, y la segunda, arrodillada a su lado. Totalmente equipadas todavía las dos.

Tampoco Burt se había quitado su equipo de buceo.

—Hagamos un pacto, Troy —propuso el patrón del California.

—¿Qué clase de pacto,

O'Brien...?

—preguntó Perkins, en tono burlón.

—Nosotros no sabemos lo que escondes en esa cueva.

—Sí, ya lo he oído, Y también que pensabais averiguarlo.

—Nos iremos ahora mismo de este lugar, sin averiguar nada, y no volveremos por aquí. Si nos dejáis marchar, nosotros olvidaremos que intentaste matar a Sylvia.

Troy Perkins volvió a reír.

—Os faltaría tiempo para ir a contárselo todo a la policía.

—Te doy mi palabra de que no.

—¿Y quién se fía de tu palabra?

—Todo aquel que me conoce bien.

—Entonces yo no debo conocerte bien, porque no me fío de ti.

Burt se fijó en la pistola que empuñaba Perkins. Estaba seca.

Perkins debió protegerla con una bolsa de plástico, de cierre hermético.

No podía, pues, contar con que el arma fallase, si no había penetrado en su mecanismo ni una sola gota de agua.

—Dime una cosa, Troy. ¿Has matado a alguien en tu vida?

Perkins vaciló.

—No, no he matado a nadie.

—¿Por qué mancharte las manos, pues, matándonos a nosotros?

—Porque no tengo más remedio que hacerlo. Además, mis manos ya están manchadas. Si no de sangre, de otras cosas Tengo que liquidaros,

O'Brien.

A los tres.

Burt ya sabía que no iba a convencer a Perkins, por mucho que insistiera, Sólo trataba de ganar tiempo, mientras pensaba en el modo de sorprenderle.

No sería fácil, no.

Troy Perkins se mantenía prudentemente distanciado, evitando así que Burt

O'Brien

pudiera arrojarle de pronto sobre él y le arrebatara el arma.

Los ojos de Burt se posaron un instante en el fusil de pesca submarina de Arlene.

Estaba en el suelo, a un metro aproximadamente de él.

¿Le daría tiempo a cogerlo, apuntar con él a Perkins, y disparar el arpón?

No, seguro que no.

Perkins apretaría antes el gatillo de su pistola.

Una vez, por lo menos.

Tendría que esquivar la bala.

Y no dejarle accionar de nuevo el gatillo.

Burt vio que Troy Perkins se disponía a disparar sobre él.

—Espera un momento, Troy —rogó, extendiendo un brazo hacia el patrón del *Gavilán*.

—No pierdas el tiempo,

O'Brien.

Tú y las chicas vais a morir, por mucho que me supliques.

—Sólo quiero pedirte que...

Burt entró en acción.

Con envidiable rapidez de movimientos.

Troy Perkins escupió una maldición al descubrir las intenciones de Burt

O'Brien.

Disparó apresuradamente sobre él, al tiempo que Sylvia y Arlene se pegaban materialmente a la cubierta del barco, chillando horrorizadas.

Burt, apenas tocar con sus manos el fusil de pesca submarina, giró sobre sí mismo.

Este veloz movimiento le salvó la vida, pues la bala dio justamente en el lugar donde él se hallaba una fracción de segundo antes.

Burt vio que Troy Perkins iba a disparar por segunda vez.

Accionó velozmente el disparador del fusil de pesca submarina.

El arpón se clavó en el pecho de Troy Perkins, y éste dejó caer la pistola, lanzando un alarido ensordecedor.

Se mantuvo en pie unos segundos todavía, trastabillando, mientras con sus manos parecía tratar de extraer el arpón de su pecho.

Finalmente, se derrumbó, y quedó inmóvil, los ojos cerrados, el rostro rígido, la boca entreabierta, el pecho cubierto de sangre...

Burt

O'Brien

se irguió lentamente.

También Sylvia y Arlene.

Burt arrojó el fusil de pesca submarina y se acercó a Troy Perkins, sobre el cual se inclinó.

Comprobó que su corazón había dejado de latir.

—Está muerto —informó a las muchachas, sin mirarlas.

Permaneció bastantes segundos así, quieto, sin apartar los ojos del cadáver ensangrentado de Troy Perkins.

Arlene, adivinando el estado de ánimo de Burt, se acercó a él y le oprimió el brazo.

—Burt...

—Tampoco yo había matado jamás a nadie, Arlene —murmuró O'Brien.

—Fue en defensa propia. Él quería matarnos a nosotros.

—Arlene tiene razón, Burt —dijo Silvia, aproximándose a ellos —. Troy Perkins iba a asesinarnos a sangre fría. No tuvo usted más remedio que defenderse.

—Lo sé. Pero es tan desagradable matar a una persona, aunque sea en defensa propia... —repuso Burt.

—Troy Perkins era un ser muy ruin. Anoche intentó clavarle su navaja, en el restaurante. A mí me encerró en la cueva submarina, Y ahora pensaba disparar sobre los tres... —recordó Sylvia.

—Aun así, siento haber tenido que matarle.

Guardaron silencio los tres.

Burt bajó por una manta y la echó sobre el cadáver de Perkins, cubriéndolo por completo. Después, comunicó:

—Voy a volver a la cueva.

—Te acompaño —dijo rápidamente Arlene.

—Y yo —dijo Sylvia, olvidando que sus botellas estaban vacías.

Y es que tanto ella como Arlene no querían quedarse a solas con el cadáver de Troy Perkins.

Burt, adivinando lo que les sucedía a las muchachas, repuso:

—Troy Perkins está muerto, ya no hay por qué tenerle miedo. Además, Sylvia no puede bucear, sus botellas de aire están vacías. Y tú no querrás dejarla sola, ¿verdad, Arlene?

Arlene miró a su amiga.

—No, claro que no —respondió—. Sylvia y yo nos quedaremos en el barco, Burt.

—Acercaré el barco a la cueva, para que la inmersión sea más corta —dijo Burt.

Izó el ancla y puso el motor en marcha.

Cuando calculó que se hallaban sobre la cueva submarina, paró el motor y echó de nuevo el ancla.

—Conviene que lleve una linterna estanca, Burt —aconsejó Sylvia—. ¿Dispone de alguna?

—Sí, tengo una abajo.

—Le hará falta, dada la oscuridad de la cueva.

—Voy por ella.

Instantes después, Burt

O'Brien

se sumergía, dispuesto a saber qué eran aquellos bultos que Sylvia Norton vislumbrara en el interior de la cueva submarina.

* * *

—Será mejor que nos despojemos del equipo de buceo —sugirió Arlene Garrison.

—Sí, tienes razón —respondió Sylvia Norton.

Comenzaron las dos a quitarse cosas, procurando no mirar hacia el lugar donde yacía el cadáver de Troy Perkins, cubierto con la manta.

—¿Tardará mucho Burt? —preguntó Sylvia.

—No creo —respondió Arlene.

—He observado que os tuteáis...

—Sí.

—¿Sucedió algo mientras yo buceaba sola?

—Nada de particular. Nos sentamos en la cubierta y hablamos.

—¿Sólo eso?

—¿Te preocupa que hubiera algo más? —sonrió Arlene.

—En absoluto.

—No seas embustera.

—¿Qué?

—Creo que ya sé por qué tratabas tan mal a Burt.

—¿Ah, sí?

—Te gusta.

La inesperada afirmación de Arlene hizo su efecto en Sylvia, pues ésta enrojeció ligeramente.

—No digas tonterías, Arlene —rogó, procurando dominar su nerviosismo.

—¿De veras te parece una tontería lo que he dicho?

—Si Burt me gustara, no lo hubiera tratado así. No se conquista a un hombre diciéndole que es odioso y arrojándole el bolso a la cara.

—Oh, pues no sé qué decirte, ¿sabes? Yo he utilizado la táctica normal y corriente con Burt, es decir, me he mostrado simpática y cariñosa con él, y hasta le he incitado sutilmente.

—¿Y no te ha dado resultado?

—Aparentemente, sí, porque he conseguido que Burt me besase y me acariciase. Pero eso no prueba que lo haya conquistado. Cualquier hombre está dispuesto a besar y a acariciar a una chica bonita, si ella le da facilidades.

—Y tú se las diste todas, ¿verdad?

—Pues, sí.

—Lo suponía.

—Oh, no te enfades, Sylvia, porque estoy segura de que no me va a servir de nada el habérselas dado. Burt

O'Brien

te prefiere a ti.

Sylvia Norton enrojeció de nuevo y volvió a mostrarse nerviosa, más que antes.

—¿De qué estás hablando, Arlene?

—De Burt y de ti. Le gustas, Sylvia. Desde el primer momento se prendó de ti.

—¿Te lo ha dicho él?

—No, pero lo sé. Como también sé que él te gusta a ti, aunque tú trates de negarlo. Y la verdad, chica, no entiendo por qué has de negarlo. Burt es alto, fuerte, simpático, y tiene un rostro agradable... ¿Qué tiene de malo que a ti y a mí nos guste?

Sylvia sonrió suavemente.

—Precisamente eso, Arlene: que nos gusta a las dos —respondió, admitiendo por fin que ella también se sentía atraída hacia Burt O'Brien.

Arlene subió las cejas.

—¿Te importaría explicarte mejor, Sylvia?

—Anoche vi cómo os besabais en el barco.

—¿Que nos viste...?

—Sí. Y eso me enfureció, como es lógico. En ese mismo momento, decidí no hacer las paces nunca con Burt O'Brien.

«Para Arlene el tipo. Y que le aproveche», me dije.

Arlene Garrison se echó a reír.

—Ahora entiendo por qué esta mañana no aceptaste sus disculpas.

—Sí, de nada sirvió que tú nos dejaras solos unos instantes.

Aunque te agradezco igualmente que lo hicieras.

Arlene le tocó cariñosamente la mejilla.

—Burt es tuyo, Sylvia.

—¿No vas a disputármelo?

—¿Para qué? No serviría de nada. Eres tú quien le hace tilín, no yo.

—Eres una chica estupenda, Arlene —dijo Sylvia, emocionada, y le dio un beso.

—Tú también lo eres, Sylvia —repuso—. Y espero que se lo demuestres pronto a Burt.

Sylvia iba a decir algo, pero se interrumpió al oír la voz de Burt O'Brien:

—¡Arlene! ¡Sylvia!

Se acercaron rápidamente las dos a la escalera que servía para subir al barco.

—¡Ayudadme a subir esto! —pidió Burt, que portaba un saco de lona.

Sylvia y Arlene atraparon el saco y tiraron de él.

Burt lo empujó desde abajo.

Entre los tres consiguieron subirlo al barco sin mayores dificultades.

—Pesa mucho, Burt —dijo Arlene, cuando ya el saco estaba sobre la cubierta, chorreando agua.

—¿Era uno de los bultos que yo vi en la cueva? —preguntó Sylvia.

—Sí —asintió Burt—. El más próximo a la salida de la cueva.

—¿Qué contiene? —inquirió Arlene, muy intrigada.

—Todavía no lo sé. Pero enseguida saldremos de dudas —respondió Burt, y comenzó a desatar la cuerda que cerraba el saco.

Le costó bastante, pues tenía varios nudos, fuertemente apretados.

Por fin, la boca del saco quedó libre.

Burt lo abrió.

Sendos gritos de horror escaparon de las gargantas de Sylvia y Arlene, al descubrir el cuerpo desnudo y ensangrentado de una mujer joven y hermosa, de larga cabellera rubia.

—Santo cielo... —musitó Burt, muy impresionado también.

—¡Es una muchacha! —balbució Arlene.

—¡Y está muerta! —gimió Sylvia.

—Tiene una profunda herida en el pecho, ocasionada, al parecer, por una bala. Una bala que debió partirle el corazón... —
Adivinó Burt, roncamente.

CAPÍTULO XI

Además del cadáver de la infortunada muchacha, el saco contenía una gruesa piedra, sin duda para que sirviera de lastre.

Burt

O'Brien

ató de nuevo la boca del saco.

Sylvia Norton, con el rostro demudado, preguntó:

—¿Cuántos sacos hay en la cueva, Burt?

—Otros seis —respondió

O'Brien.

—¿Y... todos contendrán lo mismo?

—Me temo que sí, Sylvia.

—¡Qué horror! —gimió Arlene Garrison, cogiéndose del brazo de su amiga.

—Esta joven debe ser la víctima más reciente —opinó Burt—. No debe de llevar muchas horas muerta. Probablemente la asesinaron anoche. Su cuerpo está intacto.

—Troy Perkins la mató —dijo Sylvia.

—No, no creo que él lo hiciera —rechazó Burt.

—¿No...? —exclamó Arlene, sorprendida.

—Yo le pregunté si había matado a alguien en su vida, y él respondió que no.

—Mintió, Burt —opinó Sylvia.

—¿Por qué iba a mentir? Nos estaba amenazando con su pistola, pensaba liquidarnos a los tres... Mentir, en esas circunstancias, no tendría razón de ser. Iba a matarnos, no podríamos decirle a nadie que él había asesinado a otras personas.

—Eso es cierto. Burt —admitió Arlene.

—En mi opinión —siguió hablando

O'Brien

—. Troy Perkins lo único que hacía era transportar los cadáveres hasta aquí y esconderlos en la cueva. Otra persona, u otras, porque pueden ser más de uno los asesinos, cometían los crímenes y pagaban a Perkins para que éste hiciera desaparecer los cuerpos. A eso debía referirse Perkins cuando dijo que él no tenía manchadas las manos de sangre, pero sí de otras cosas.

—¡Seguro! —exclamó Arlene—. Por eso quería matarnos a los tres. Si se descubría todo, él se pasaría un buen número de años en prisión, por haber colaborado con el autor o los autores de los asesinatos; si no a cometer los crímenes, sí a ocultar los cuerpos de las víctimas.

—Sí, yo también estoy de acuerdo —manifestó Sylvia.

—Bien. Habrá que volver a Los Ángeles y contárselo todo a la policía —dijo Burt, quien, seguidamente, se despojó de su equipo de buceo.

Descendió unos instantes al interior del barco, para quitarse el bañador y ponerse los tejanos, la camisa, y calzarse los mocasines.

De nuevo en cubierta, izó el ancla y puso el motor en marcha.

Sylvia y Arlene fueron abajo, regresando unos minutos después completamente vestidas también.

El *California* ya navegaba veloz, rumbo a Los Ángeles.

* * *

Después de atracar el barco en el muelle, Burt
O'Brien

dijo a las muchachas:

—Voy al restaurante de Barry Stott. Telefonaré a la policía desde allí.

—¿Hemos de quedarnos aquí, Burt? —preguntó Arlene Garrison, con cara de circunstancias.

—Preferiríamos ir con usted... —Hizo saber Sylvia Norton, mirando un momento el saco de lona que contenía el cadáver de la muchacha rubia, y la manta que cubría el cuerpo sin vida de Troy Perkins.

Burt, comprendiendo que no era nada grato para Sylvia y Arlene quedarse solas con los dos cadáveres respondió:

—De acuerdo, vengan conmigo.

Descendieron los tres del barco y echaron a andar hacia la salida del muelle.

—Hola,

O'Brien

—saludó Worth, el vigilante del muelle.

—Voy a pedirte un favor, Worth —dijo Burt.

—Lo que sea, hombre.

—Cuida de que nadie se acerque a mi barco.

—¿Ocurre algo,

O'Brien?

—Sí, Worth. Y es grave. Pero ahora no dispongo de tiempo para explicártelo. Te diré sólo que traigo dos cadáveres en mi barco.

El vigilante respingó cómicamente.

—¿Dos cada...?

Burt asintió con la cabeza.

—Voy a llamar a la policía desde el restaurante de Stott. Sólo tardaré unos minutos.

—Ve tranquilo,

O'Brien.

Nadie se acercará al California.

—Gracias, Worth —sonrió levemente Burt, y se dirigió al restaurante de Barry Stott, acompañado de Sylvia y Arlene.

Llegaron al restaurante y entraron en él.

Como era ya la hora del almuerzo, había algunos clientes, casi todos ellos viejos conocidos de Burt, por lo que éste se vio obligado a perder algunos segundos, saludándoles.

—¡Qué bien acompañado vienes,

O'Brien!

—dijo un tipo alto y delgado, patrón de un barco también como Burt.

—Sí, no puedo quejarme —sonrió Burt.

—¡Si vas a llevar a las chicas a bailar esta noche cuenta conmigo para formar la otra pareja! —se ofreció otro marino, más corpulento que el anterior.

—Lo tendré en cuenta, descuida —repuso Burt, dándole una palmada a la espalda.

—¡Eres un tipo con suerte,

O'Brien!

—exclamó otro amigo de Burt.

Éste tomó del brazo a Sylvia y a Arlene y las llevo hacia el mostrador, diciendo:

—De prisa, antes de que a alguno le de por pellizcar traseros femeninos.

—¿Tan atrevidos son...? —repuso Arlene, riendo.

—Son marinos. Con eso está dicho todo.

—¿Se da cuenta de que se está llamando atrevido a si mismo Burt...? —observó Sylvia, con ironía.

—Sí, me doy cuenta —sonrió

O'Brien,

alegrándose que la agresiva morena hubiese escondido al fin sus uñas y tuviese ganas de bromear con él.

Alcanzaron el mostrador, tras el cual estaba el robusto Barry Stott. Tras cambiar un saludo con él, Burt dijo:

—Necesito un teléfono, Stott.

—Ahí lo tienes —respondió el propietario del restaurante, señalando el teléfono público que había instalado en la pared, a la derecha del mostrador.

—No, ése no me sirve. Necesito un teléfono privado.

Barry Stott dejó de mostrarse risueño.

—¿Qué ocurre, Burt?

—Escúchame mientras hablo por teléfono y te enterarás de todo.

—Está bien. Puedes utilizar el teléfono que tengo en mi despacho.

—Gracias, Stott.

—Sígueme —indicó el dueño del restaurante.

Burt, Sylvia y Arlene fueron detrás de Stott.

Entraron todos en el pequeño despacho de Barry Stott y éste cerró la puerta.

—Ahí tienes el teléfono, Burt.

O'Brien

se acercó a la mesa, descolgó el auricular y marcó el número de la policía, informándoles brevemente de lo sucedido.

Ya ampliaría los detalles cuando los agentes de la ley se presentasen en el muelle.

Burt colgó el auricular y miró a Barry Stott.

—Ya lo sabes todo, Stott.

—Qué espanto, Burt... —musitó el dueño del restaurante, pálido.

—Te agradecería que no lo comentases con nadie, Stott —rogó Burt—. No hasta que la policía esté en el muelle.

—Descuida, no diré nada.

Burt se despidió de Stott y él, Sylvia y Arlene, abandonaron el restaurante, regresando al muelle.

* * *

Dos coches de la policía llegaban al muelle pocos minutos después, seguidos de una ambulancia.

Burt

O'Brien

acompañó a los detectives al barco y les mostró los dos cadáveres.

Éstos fueron retirados por los camilleros y trasladados a la ambulancia.

En el barco, Burt dio nuevamente su versión de los hechos, ampliando los detalles esta vez, siendo corroboradas sus palabras por Sylvia y Arlene.

El teniente Marlowe, que era el hombre con quien había hablado Burt desde el despacho de Barry Stott, rogó a Burt que les llevara en su barco al lugar de los hechos, para sacar de la cueva submarina los otros seis sacos.

De esto se encargarían dos de los hombres que habían traído consigo el teniente Marlowe, con sus propios equipos de inmersión.

Burt sólo tendría que mostrarles la cueva.

Éste estuvo de acuerdo y puso el barco en movimiento.

* * *

Dos horas después, el *California* anclaba cerca de la cueva submarina.

El *Gavilán* seguía anclado no lejos de allí, esperando inútilmente el regreso de su patrón, Troy Perkins.

Burt

O'Brien,
y los dos hombres que iban a sumergirse con él, se colocaron los
equipos de buceo y realizaron la primera inmersión.

Un rato después, los seis sacos que Troy Perkins ocultara en la
cueva estaban sobre la cubierta del *California*.

El teniente Marlowe ordenó a sus hombres que los abrieran.

Aparecieron otros seis cadáveres de mujeres.

Sin ninguna ropa.

Con una profunda herida en el pecho.

Justo sobre el corazón.

Algunos de aquellos cuerpos llevaban semanas sin vida.

Otros, incluso, meses, a juzgar por el avanzado estado de
descomposición...

CAPÍTULO XII

Roger Aldrich tenía en sus manos la edición especial que había lanzado el periódico más importante de Los Ángeles, para dar cuenta a sus lectores de todo lo relacionado con lo que ya se denominaba «el caso Perkins».

También la radio y la televisión hablaban de ello.

Y el resto de los periódicos.

El caso Perkins había sido como una bomba.

Nada menos que siete mujeres asesinadas.

Cómo, ya se sabía: de un certero balazo al corazón.

Cuándo, también, después de practicadas las oportunas exploraciones de los cadáveres por el médico forense.

Pero faltaba lo más importante: saber quién las había asesinado.

De las declaraciones de Burt

O'Brien,

Sylvia y Arlene Garrison, cuyas fotografías se insertaban en los periódicos y habían aparecido también en televisión, se desprendía que Troy Perkins no había cometido los crímenes, que él se había limitado a esconder los cadáveres en la cueva submarina, pagado por el autor o los autores de los siete asesinatos.

La policía investigaba afanosamente, para esclarecer el caso.

Roger Aldrich arrojó el periódico sobre la mesa de su despacho.

—¡Maldito estúpido! —barbotó, furioso.

—¿Se refiere a Perkins, señor Aldrich? —pregunto.

Walter Cook, el apuesto secretario, que estaba de pie, frente a la mesa.

—¡Naturalmente que me refiero a él!

—Tuvo mala suerte, eso es todo.

—¡Jamás debió encerrar a esa joven, Sylvia Norton, en la cueva!

—En teoría, la idea no era mala —opinó Walter—. ¿Cómo iba a saber él que la muchacha dispararía su arpón por el resquicio de la entrada?

—¡Pues debió pensarlo!

Walter Cook sonrió.

—Tranquilícese, señor Aldrich. La policía no sabe nada de nosotros. Y nunca lo sabrá.

—Nunca es mucho tiempo, Walter —gruñó Aldrich, preocupado.

—Es imposible que puedan relacionar a Troy Perkins con nosotros. Y lo mismo ocurre con las víctimas. Las elegíamos cuidadosamente y las traíamos a esta casa sin darles tiempo a decir a nadie con quién y adónde se iban.

Roger Aldrich pareció tranquilizarse.

—Sí, eso es verdad —respondió—. No podrán encontrar pista alguna que los conduzca hasta nosotros.

—Ninguna.

—Lo malo es que ahora ya no podremos seguir con el juego...

—¿Se refiere a «La Diana de la Muerte»?

—Claro. ¿Quién se ocuparía de hacer desaparecer los cadáveres?

Walter Cook no respondió.

De pronto, Roger Aldrich le miró extrañamente.

—Tú podrías hacerlo, Walter.

—¿Yo?

—Sí, eres un tipo muy inteligente. Te pagaría lo mismo que a Troy Perkins. Incluso más, si quieres.

—Tendré que pensarlo, señor Aldrich.

—No hay tiempo para pensar, Walter. Tienes que decidirte ahora.

Walter Cook entrecerró los ojos.

—¿Por qué tanta prisa, señor Aldrich?

Roger Aldrich miró las fotografías de los tres personajes que había descubierto todo el tinglado y respondió:

—Porque ya tenemos tres nuevas víctimas a la vista, Walter:

Burt

O'Brien,

Sylvia Norton y Arlene Garrison.

—¿Ellos...? —Respingó el secretario.

—Sí, Walter. Conocerán esta misma noche «La Diana de la

Muerte». Y morirán en ella —sentenció Roger Aldrich, sonriendo siniestramente.

* * *

Burt
O'Brien

se encontraba en casa de Sylvia Norton.

Arlene Garrison estaba con ellos.

Llevaba ya largo rato comentando las incidencias del día.

Burt miró su reloj y dijo:

—Oh, se ha hecho tarde. Tengo que irme.

—¿Ya...? —preguntó Sylvia, desilusionada.

—Mañana hay que madrugar. Si nos acostamos tarde, se nos pegarán las sábanas —sonrió Burt, poniéndose en pie.

Sylvia y Arlene le imitaron.

—Nos llevarás a un lugar distinto, ¿no, Burt? —inquirió Arlene.

—Desde luego. El de hoy nos traería recuerdos muy desagradables a los tres.

Sylvia y Arlene acompañaron a Burt hasta la puerta.

Allí se despidieron y Burt salió de la casa.

Una casa pequeña, pero muy cuidada, rodeada de césped y flores.

Sylvia y Arlene regresaron al *living*.

—Me parece que yo también me voy a ir, Sylvia —dijo Arlene.

—Quédate conmigo esta noche, Arlene —rogó Sylvia.

—Te da miedo quedarte sola, ¿eh?

—Un poco, sí.

—A mí también, te lo confieso.

—Entonces, no se hable más. ¿Qué preparamos para cenar?

Arlene iba a responder, cuando sonó el timbre de la puerta.

—Están llamando, Sylvia.

—Debe de ser Burt —sonrió Sylvia.

—¿Burt?

—Habrás olvidado algo.

—Decirte que está enamorado de ti —rió Arlene—. Calla, tonta —rió también Sylvia.

Fueron las dos hacia la puerta.

Sylvia abrió.

Ella y Arlene se quedaron paralizadas por la sor presa.

No era Burt

O'Brien

quien aguardaba, sino un tipo alto y atlético, rubio, muy atractivo.

El tipo empuñaba una pistola.

Y les estaba apuntando con ella.

* * *

Burt

O'Brien

cenó en el restaurante de Barry Stott.

Permaneció un rato más en el local, conversando con los amigos y luego lo abandonó, con intención de regresar al barco.

Apenas salir del restaurante, se encontró con un tipo rubio, de elevada estatura, fuerte y bien parecido, que le sonrió, antes de preguntar:

—¿Es usted Burt

O'Brien?

—Sí, yo soy —asintió Burt.

—Walter Cook —se presentó el apuesto rubio, tendiéndole la mano.

—Mucho gusto, Walter —sonrió Burt, estrechándosela.

—Mi jefe desea alquilar un barco, y como le han hablado muy bien de usted, le gustaría alquilar el suyo.

—¿Cómo se llama su jefe? —preguntó Burt.

—Roger Aldrich. Puede que a usted no le suene el nombre, pero es un hombre muy importante.

—No lo dudo.

—Tengo mi coche cerca de aquí. Si tiene la amabilidad de acompañarme, le llevaré con el señor Aldrich para que se pongan ustedes de acuerdo.

—¿Sabe usted para cuándo necesita el barco su jefe, Walter? Es que, de momento, se lo he alquilado a unas muchachas por una semana. Están de vacaciones y les encanta bucear.

—No creo que sea ningún problema,

O'Brien

—sonrió el secretario de Roger Aldrich.

—Está bien, vamos.

Caminaron los dos hacia el coche de Walter Cook, un «Buick» azul, y entraron en él.

* * *

Minutos después, Walter Cook detenía el «Buick» ante una lujosa casa, situada en las afueras de Los Ángeles con muchos árboles a su alrededor.

El secretario de Roger Aldrich y Burt O'Brien descendieron del coche.

—Entraremos por la puerta de atrás —indicó Walter.

Burt le siguió.

Cruzaron una puerta y Burt se vio en un amplio jardín.

—Por aquí,

O'Brien

—indicó Walter—. El señor Aldrich debe de estar en la sala de tiro.

Burt acompañó al rubio, observándolo todo con curiosidad.

Walter lo condujo a la sala de tiro.

Roger Aldrich, en efecto, se encontraba allí, disparando sobre una gran diana con su pistola.

Burt miró la diana.

Los disparos de Roger Aldrich daban muy cerca del pequeño disco rojo que había en el centro de la misma, pero ninguno lo alcanzó.

Tras efectuar el último disparo, Aldrich hizo un gesto de contrariedad, como lamentándose de no haber dado en el blanco ni una sola vez.

Walter Cook carraspeó suavemente.

—Señor Aldrich...

Roger Aldrich se volvió, denotando sorpresa.

—Oh, no os oí entrar, Walter...

—Éste es Burt

O'Brien,

señor Aldrich.

Roger Aldrich se acercó rápidamente al patrón del California,

sonriente y con la diestra por delante.

—Es un placer, señor

O'Brien.

—El placer es mío, señor Aldrich —repuso Burt, estrechando la mano del gordo.

—¿Ya le ha dicho Walter que deseo alquilar su barco?

—Sí, me ha informado. Pero...

—Por el precio no se preocupe. Pagaré lo que me pida.

—No se trata de eso, señor Aldrich, sino de las fechas. ¿Para cuándo necesita usted el barco?

—Oh, no me corre ninguna prisa. Cuando usted lo tenga disponible.

—En ese caso, no hay ningún problema, señor Aldrich —sonrió Burt.

—Ya le dije que no lo habría —intervino Walter Cook.

Roger Aldrich miró un instante la diana.

—¿Sabe usted disparar, señor

O'Brien?

—Sí, no lo hago del todo mal —respondió Burt.

—¿Acepta un desafío?

—¿Desafío?

—Dispararemos los dos sobre la diana, una vez cada uno. Y el primero que consiga dar en el centro, o sea, en el pequeño disco rojo, gana.

—Está bien, señor Aldrich —aceptó Burt.

—Magnífico.

Roger Aldrich cargó el arma y se la entregó a Burt

O'Brien,

diciendo:

—Dispare usted primero, señor

O'Brien.

Y recuerde que hay que dar en el disco rojo. El resto de la diana, no vale.

—Entendido.

Burt apuntó al centro de la gran diana.

Se hallaba a unos quince metros de ella.

Y, detrás de ésta, sujeta a «La Diana de la Muerte», con la boca cubierta con una ancha cinta adhesiva, se hallaba Arlene Garrison,

a punto de desvanecerse de terror, pues el canalla de Roger Aldrich ya la había puesto al corriente de lo que iba a sucederle.

Burt
O'Brien
apretó el gatillo y el estampido retumbó en la sala.

* * *

—Oh, su disparo dio muy lejos del disco, señor
O'Brien...

—observó Roger Aldrich, un tanto desilusionado.

—Sí, no ha sido un buen disparo —admitió Burt, dando un suspiro.

—A ver si yo lo hago mejor —sonrió Aldrich, alargando el brazo hacia

O'Brien,
para que éste le entregara la pistola.

Burt, en lugar de devolvérsela, le apuntó al pecho con ella y ordenó:

—Usted va a quedarse quietecito, señor Aldrich. Y usted también, Walter.

Roger Aldrich perdió súbitamente el color, en tanto que Walter Cook apretaba ligeramente los maxilares y sus pupilas adquirían un brillo metálico.

—¿Qué le sucede, señor

O'Brien...?

—balbució Aldrich.

—¿Dónde están Arlene Garrison y Sylvia Norton? —interrogó duramente Burt.

—¿Quién?

—Arlene Garrison usa un perfume muy particular, ¿sabe, señor Aldrich? Apenas entrar en el coche de Walter, percibí ese perfume. Entonces comencé a sospechar que Walter me llevaba una trampa. Ya tenían a Arlene. Y a Sylvia también, deduje. Sólo faltaba yo. ¿Por qué quería alguien atraparnos a los tres? Llegué fácilmente a la conclusión de que ese alguien sólo podía ser el autor de los asesinatos de las chicas cuyos cadáveres encontramos esta mañana en la cueva submarina. Usted las mató, ¿verdad?

Todavía flotaban en el aire las últimas palabras de Burt O'Brien, cuando Walter Cook se arrojó al suelo de forma brusca, al tiempo que su mano diestra volaba hacia su axila.

Extrajo una pistola automática y disparó sobre Burt.

La bala no dio en el blanco, porque Burt se dejó caer de rodillas un segundo antes, a la vez que respondía al fuego del rubio.

El disparo de Burt

O'Brien

fue mucho más certero pues alcanzó en el pecho a Walter Cook, muy cerca del corazón.

El secretario de Aldrich lanzó un aullido y casi enseguida dejó de moverse.

Burt se irguió y encañonó a Roger Aldrich.

Éste, temblando como un flan, suplicó:

—¡No me mate,

O'Brien!

¡Le daré todo el dinero que quiera! ¡Le haré rico si...!

No pudo seguir hablando, porque el puño izquierdo de Burt se estrelló en su cara con la potencia de una coza de mula y lo mandó al suelo, donde quedó inmóvil, privado por completo del sentido.

Burt, después de comprobar que Walter Cook había muerto, se aproximó a la diana y miró detrás de ella.

Descubrió a Arlene, sujeta a la otra diana, sin más ropa encima que el sucinto *slip*. El resto de las prendas yacían en el suelo, delante de ella.

Burt se guardó la pistola y se apresuró a soltar a la muchacha, después de quitarle la cinta adhesiva que le cubría la boca.

La emoción impedía hablar a Arlene, que sollozaba quedamente, con los ojos cerrados.

Burt la abrazó.

—Tranquilízate, Arlene. Walter Cook está muerto y Roger Aldrich dormirá durante un par de horas.

—Aldrich mató a las chicas, Burt... —Logró balbucir Arlene, apretada contra el pecho de

O'Brien.

—Lo suponía. ¿Dónde está Sylvia?

—Encerrada en una habitación. Aldrich pensaba violarla,

después de acabar conmigo y contigo. Luego, la hubiera matado a ella también.

—¿Abusó de ti, Arlene? —preguntó Burt, con voz ronca.

—Me manoseó, cuando ya estaba sujeta a «La Diana de la Muerte», pero no pasó de ahí. Se reservaba para Sylvia. Es un cerdo asqueroso, además de un asesino.

—Recibirá su merecido, no te preocupes. Vamos, vístete deprisa y llévame junto a Sylvia. Debe de estar muerta de pánico.

Arlene se vistió en unos segundos y condujo a Burt hasta la habitación donde permanecía encerrada Sylvia, atada de pies y manos y con la boca tapada con cinta adhesiva.

A ella, al menos, no la habían desvestido, por lo que Burt dedujo que la joven no había tenido que sufrir los repugnantes manoseos del cerdo de Aldrich.

Le quitó la cinta adhesiva y le soltó las manos y los pies.

Sylvia, llorando, se abrazó a él.

—¡Burt!

—Calma, Sylvia —sonrió

O'Brien,

estrechándola cariñosamente contra su pecho—. La situación está controlada. Avisaremos al teniente Marlowe y él y sus hombres pondrán al canalla de Roger Aldrich a buen recaudo.

—¿Y el tipo rubio...?

—Tuve que matarle.

—En defensa propia, como a Troy Perkins —informó Arlene.

—¡Qué día tan horrible, Dios mío! —sollozó Sylvia, sin apartarse de Burt

O'Brien.

—Realmente espantoso —convino Arlene.

—Vamos, Cuanto antes avisemos al teniente Marlowe, mejor —dijo Burt.

EPÍLOGO

A la mañana siguiente, temprano, el *California* se hizo a la mar, anclando dos horas y media más tarde en un lugar casi tan ideal para el buceo como el elegido por Burt

O'Brien

el día anterior.

Sylvia Norton y Arlene Garrison se pusieron el bikini, se equiparon, y se sumergieron en el mar.

Burt también se puso el bañador.

Unos quince minutos después, Sylvia y Arlene estaban de vuelta.

Arlene no tardó mucho en decir que sentía deseos de sumergirse de nuevo.

No era cierto.

Lo que ella quería era dejar solos a Burt y Sylvia.

Ésta, comprendiéndolo así, dijo que ella no la acompañaba, que prefería descansar un poco antes de realizar una nueva inmersión.

Arlene se perdió de nuevo bajo las aguas, no sin antes guiñar disimuladamente el ojo a su amiga, como diciendo: «A ver si aprovechas bien estos quince minutos, Sylvia».

Sylvia se despojó del equipo de buceo, ayudada por Burt, y se sentó en la cubierta.

—¿Me da un cigarrillo, Burt?

O'Brien

tomó su cajetilla y se la ofreció a la joven.

Sylvia cogió el cigarrillo, se lo puso en los labios, y esperó a que Burt se lo encendiera.

Burt accionó su encendedor y acercó la llama al cigarrillo.

—Gracias —sonrió Sylvia.

—No hay de qué.

—Siéntese a mi lado, Burt.

—¿No me morderá? —bromeó

O'Brien.

—He cambiado. ¿Es que no se ha dado cuenta?

—Sí, claro que me he dado cuenta —respondió Burt, y se sentó junto a ella.

—¿Sabe lo que dice Arlene?

—¿Qué dice Arlene?

—Que yo le gusto a usted.

—Es verdad.

—¿Y sabe lo que dice también?

—¿Qué?

—Que usted me gusta a mí.

—¿Y está en lo cierto?

—Yo diría que sí... —respondió coquetamente Sylvia.

Burt le quitó el cigarrillo de entre los dedos y lo arrojó por la borda.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó la joven.

—Vamos a estar muy juntos durante los próximos quince minutos, Sylvia, y no quiero que me quemes —respondió Burt, tomándola entre sus brazos.

La besó en los labios, ardorosamente.

Ella le devolvió el beso con el mismo fervor.

Burt empujó suavemente y Sylvia quedó tendida sobre la cubierta.

Las manos del patrón del *California* exploraron hábilmente el seductor cuerpo de Sylvia Norton.

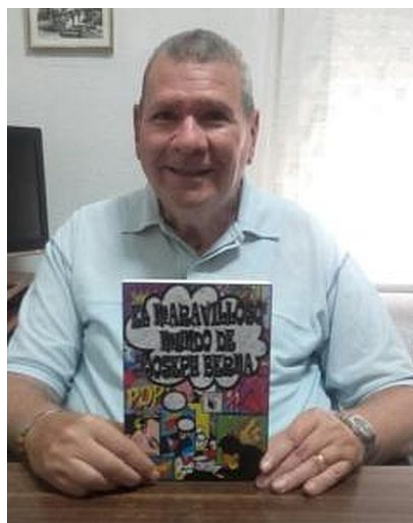
La joven no puso impedimento alguno.

Sabía que Burt la quería.

Y ella le quería a él.

¿Por qué desperdiciar, pues, ni uno solo de los quince minutos que Arlene les había concedido...?

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio "La Ferroviaria", del que guarda un grato recuerdo de su profesora "Doña Consuelo" que le apodó con el nombre de "Tragalibretas" debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto "José de Rivera" donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como "Seis cadáveres en potencia", "El reino de los seres de hielo", "La mansión de los mil y un horrores", "El coleccionista de seres", "El

terror cayó del cielo” o “El planeta robotizado”.